

109
2EJ



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

MALCOLM LOWRY: CONFIESO QUE HE BEBIDO
Alcohol, honor y genio en *Bajo el volcán*
(Ensayo sobre un autor que escribió en y sobre México)

TESIS PROFESIONAL

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN PERIODISMO
Y COMUNICACION COLECTIVA

P R E S E N T A :

ARTURO TREJO VILLAFUERTE

Director de Tesis: Lic. Salvador Mendiola

FALLA DE ORIGEN

MEXICO, D. F.

1995



**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

MALCOLM LOWRY: CONFIESO QUE HE BEBIDO.
Alcohol, honor y genio en *Bajo el volcán*
(Ensayo sobre un autor que escribió en y
sobre México)

Arturo Trejo Villafuerte

Para Josefina, Tisbe y Trilce, razón de todos mis actos, porque como decía fray Luis de León: "No se puede vivir sin amar", y ustedes son mi amor, mi destino.

Para mis abuelos Francisco Villafuerte Avalos y Socorro Juárez Pantoja, gratitud eterna para de quienes sólo recibí sus bondades, enseñanzas y gustos. Soy la más débil de sus ramas, pero también la más orgullosa de ser una parte del poderoso árbol que formaron.

Para mis padres: Primo Trejo Beltrán y Martha Villafuerte Juárez,
con el cariño de siempre y el amor sincero, sin
ambages ni eufemismos.

Para mis abuelos: Porfirio Trejo Calleja y Trinidad Beltrán, con todo mi
amor.

Para mis hermanos: Armando, Alfredo, Alejandro, Martha Socorro,
Alberto, Guadalupe y Rosa María. Mis cuñados y
cuñadas, al igual que para mis sobrinos, Alfredo,
Paola René, Martha Alejandra, Alberto, Cosme
Francisco y Mariana, quienes nos juzgarán, verán
en nosotros vicios y virtudes, y nos colocarán en
el lugar que merecemos.

Para mis otros hermanos: Ignacio Trejo Fuentes, José Nemorio Mendoza, Mario Rodríguez "El Diablo", José Francisco Conde Ortega y Vicente Quirarte, con quienes he compartido mis mejores y peores momentos, y ellos siempre solidarios.

Para la familia Castañeda García: Juan José, Luz María, Armida Guadalupe, Marta Leticia, Norma Alicia y Juan José, porque siempre me han apoyado.

Para mis tíos: paternos y maternos y sus respectivas familias, siempre queridos: Bibiana, Dolores, Anastasio y Graciela; Baltazar y Angela.

Para mis queridos amigos (ahora algunos ex-amigos) porque en el momento en que coincidimos en el espacio hicimos lo que debíamos de hacer. ¿De qué se puede enorgullecer un hombre si no es de sus amigos? Gracias Alejandro Sanciprián, Arnulfo Domínguez Cordero, Marcela Leticia Ramírez, Enrique Vera, Jorge Padrón Salomón, José Bull Ríos, René Aguilar Díaz, Sergio Monsalvo C., Javier Córdoba, Joel Piedra, Fernando Figueroa, Rafael Vargas, Oscar Cantón Zetina, Ana Luisa Solís, Emilliano Pérez Cruz, Alejandra Gómez Lara, Víctor M. Navarro, José Xavier Navar, Raúl Renán, Francisco Cervantes, Francisco Hernández, Guillermo Fernández, Carlos Isla (i.m.), Marisse Sistach, David Trejo Villeda, Angelika Scherp, Alfredo Gilles-Díaz, Yolanda López, Raúl Rodríguez Cetina, Xorge del Campo, Juan Cervera, Fulvio Cano, Felipe de Jesús Hernández, Severino Salazar, Vicente Francisco Torres, Jorge Esquinca, Verónica Ramírez, Hortensia Moreno, Salvador Mendiola, Margarita Yépez, José Antonio González, Carlos Daniel Gutiérrez Rohán, Sonia y Ruth de la Colina, Oscar Mata, Josefina Estrada, Eduardo Langagne, Lucía Felicidad Rivadeneyra, Saúl Juárez, Patricia Felguerez, Jaime Vázquez, Luz María González Arango, Javier González Rubio Iribaren, Armando Buendía, Enrique Romo, Carmen Morales, José Ceballos Maidonado, Héctor Ceballos Garibay, Rigo y Griselda, Morelos y Claudia, Artemio y Ofelia, Alejandro Sandoval, Nedda G. de Anhalt y esposo, Alejandro del Valle, Alejandro González, Rogelio Cuellar, Marco Antonio Campos, Carmen Consolación, José Angel Domínguez, Marcial Fernández, Víctor del Real, Agustín Ramos, Gustavo García, Marta Elvira Patiño, Alejandro de la Garza, Rolando Isita, Eva y Byron Gaivez, los "Chavos" de *Generación*, José Luis Martínez S., Agustín Juárez Ortega, Andrés de Luna, "Los Toños" del *Montmatre*, José Luis Morales Baltasar, Pepe Alonso de *La Noche Buena*, Silvia Tomasa Rivera, Rolando Rosas, Xitlali Rodríguez, Bernardo Ruiz, Guadalupe Sánchez, Carmelo Sainez y Lourdes Solano, Sergio Saldaña y "Vivis" García, Marita y "Vico" García, Lilia y "Tano" García, Darie Novaceanu, Sergio López Mena, José María Fernández Unsaín y Bertha Zacatecas (i.m.).

Para don Rubén Gonzalez Rubio, por esas charlas de literatura en La Paz, B. C. S., y por esa plática sobre Malcolm Lowry que se inició en "La Noche Buena" y se prolongó hasta "El Molino Rojo" en la madrugada.

Para mis maestros, por quienes soy y de quienes vengo: Guillermina Baena Paz, Armando Cassigoli, Leopoldo Borrás, Susana González Reina, Hugo Gutiérrez Vega, Jorge Basurto, René Avilés Fabila, José María Bulnes, Carlos Villagrán, Hilda Basurto, Javier Sánchez Campuzano, Gabriel Careaga, Máximo Simpson, Juan José Arreola, Miguel Angel Granados Chapa y Froylán M. López Narvaez.

Para mis amigos y compañeros de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco: Alejandro de la Mora, Enrique López Aguilar, Leticia Algaba, Begoña Arteta, Alejandra Herrera, Joaquina Rodríguez Plaza, Antonio Marquet, Jorge López Medel (i.m.), Vida Valero, Jorge Fernández Souza, María Luisa Figueroa, Vladimiro Rivas Iturralde, Frédéric-Yves Jeannet, Laura Salinas Beristain y Carlos Payán Figueroa.

Para mis maestros de la vida y la literatura: Vicente Ortega Colunga, Daniel Santos, Efraín Huerta, Elías Nandino, Juan de la Cabaña y Renato Leduc (i.m.); Alf Chumacero, Gustavo Sainz y José Emilio Pacheco.

Para mis amigos y compañeros de trabajo de la Coordinación Nacional de Descentralización del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, por su apoyo.

Dos epígrafes:

(I Can't Get No) Satisfaction

The Rolling Stones

Let's work together...

Canta Canned Heat

P R E S E N T A C I O N

En 1974 para una clase de Literatura y Sociedad, Gustavo Sainz nos dejó a leer *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry. La idea de la materia era que, con otros ojos, fuéramos descubriendo un México insospechado, oculto, atávico que nosotros, por nuestra cercanía y formación, no lográbamos captar. Tras la lectura de esta impactante novela, comenzaba la verdadera aventura que significa aprehender los motivos vitales y las experiencias cruciales que nos señalaba el autor inglés en su obra. Leer un libro significa abrir un canal de comunicación entre autor y lector, un espacio vital de comunicación, la plena experiencia compartida. La lectura de *Bajo el volcán* nos sumergía en un México hiriente, punzante, contradictorio, donde amor y muerte, alegría y dolor coincidían para mostrarnos el alma humana de un alcohólico que disfrutaba y padecía Cuernavaca y sus alrededores, el cual, por su visión fresca de los acontecimientos y costumbres, nos permitía llegar un poco más lejos en el descubrimiento del alma del mexicano.

La relectura de este libro impresionante -los buenos libros deben de ser así-, nos permitía una serie de reflexiones sobre los temas ahí planteados. Por una parte, la coincidencia entre los sucesos de la novela con los hechos de la vida del autor; pero por otro lado, al tratarse de una "Divina comedia ebria", los distintos niveles de conciencia en que se sumerge el personaje, sus cualidades con respecto a una ética del borracho y, finalmente, la participación de el genio en la coherencia de unos actos con otros.

Cuando la crítica especializada habla de *Bajo el Volcán* como una obra maestra de la literatura mundial, están señalando los valores implícitos en la obra literaria, los profundos motores que permiten hablar de gran literatura: por principio que el libro no nos puede dejar indiferentes, luego que permite rastrear un adelante y un atrás que significa una ubicación dentro de las corrientes literarias de la época pero también un seguimiento histórico de los personaje. El hecho de mencionar a otros autores y libros, de citar una película, nos permite

hablar de un periodo histórico, de un contexto vital que nos permite hacer la crítica respectiva o intentar el ensayo con menos riesgos de equivocación.

Tanto la literatura como la comunicación tienen como fundamentos, según el decir de George Steiner y de Marshall McLuhan, aunque por distintos lados y motivos, los de proporcionar una satisfacción al ser humano. Pero al hablarse de una obra literaria tenemos incluidos en ese simple hecho a una de las Bellas Artes y el vínculo más fino que proporciona el ser humano a sus semejantes: la comunicación.

En la búsqueda de señales, el ser humano despliega su talento y decide contar sobre su vida, saber de sus anhelos. La literatura tiene dos motores importantísimos para ser: por un lado su función *evocativa*, que da lugar a la poesía, a la historia; y por el otro su función *invocativa* que da lugar a la oración, a la misma poesía y a la ficción. Se evoca lo que se tuvo, se invoca lo que se espera tener, de ahí que el hombre en su complejidad, al intentar dejar testimonio de su paso sobre la tierra, escribe sobre lo que tuvo y lo que quiso tener. De ahí parte la diferencia entre lo que dice la historia y lo que plantea la literatura, entre el hecho histórico llano y las utopías posibles.

Y precisamente es el hombre del siglo XX quien tiene en sus manos las posibilidades más grandes de transformación, para bien o para mal. Ante la indudable importancia que tiene el átomo para fines pacíficos y guerreros, ante el innegable avance de la medicina, las investigaciones sobre los males que lo aquejan, el hombre del Siglo XX sigue siendo un desconocido para los otros hombres, un enigma que siempre será un trabajo a desarrollar. Pese al indudable avance del psicoanálisis y materias afines, seguimos siendo el mismo *Pitecantropus erectus* que pudo erguirse y caminar a dos pies, además de comenzar a usar el pulgar. La evolución del hombre, con todo y selección natural, no ha dejado bien parada a la especie y los actos de barbarie y de heroísmo se dan por igual.

Por algunos de los elementos antes señalados, tenía la idea de realizar un ensayo sobre esta obra y algunos de sus aspectos sobresalientes, sobre todo porque implícitamente tienen qué ver con la comunicación, con el sentimiento humano y con las experiencias vitales. Si algo aprendimos bien en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, es el de no echar en saco roto las manifestaciones de los espíritus superiores, en este caso el escritor inglés avecindado en México durante algunos años: Malcolm Lowry, un maestro de la narrativa, gente que "padece" el genio. Acaso por ese criterio, de nuestra escuela ha salido un grupo importante de escritores que no se contarían con los dedos de las manos, por lo que, siguiendo esa secuela, era necesario ocuparse de un escritor y de su obra literaria.

En este trabajo que aquí presento hay los elementos para hacer un análisis de la obra cumbre de Lowry, *Bajo el volcán*, desde la perspectiva de un periodista que se ha ocupado de la literatura desde 1973, cuando comencé mis colaboraciones en *El Sol de Toluca*, precisamente en la sección cultural dirigida por Guillermina Baena Paz, por lo que, acaso para un crítico literario, este examen peque de ligero y le falten elementos para ser considerado un ensayo sesudo, sin embargo, parto de una posición ante la literatura y la vida, apreciando a la primera como *algo dinámico* y que no puede quedar estático ante el propio movimiento que genera el hombre en su transformación cotidiana.

Así pues, este trabajo sondea en el alma de un autor y en el contenido de su obra para buscar los resortes secretos del alcoholismo -enfermedad profesional del periodista -, pero también husmea en la ética -que sería el honor, condición que el periodista también asume cuando así lo considera justo- y como parte de la esencia del hombre, aunque ahora en desuso, la participación del genio en la parte activa del alma que permite hablar de la esencia del ser en el quehacer y hacer cotidianos.

La presencia de estos elementos en *Bajo el volcán* y como telón de fondo a México, y en particular Cuernavaca, permiten vislumbrar una correspondencia afectiva entre este autor inglés y muchos mexicanos que han sido lectores de esa magna obra, por lo que no deja de ser interesante que, pese al paso del tiempo, este libro siga teniendo legión de lectores y Malcolm Lowry decenas de admiradores. Me toca nada más señalar que este trabajo no se hubiera realizado si no contara con el apoyo de mucha gente (mi esposa Josefina, mis hijas Tisbe y Trilce, que soportan el carácter y los malos ratos del hombre que escribe; mis padres; mis buenos y queridos amigos y mis maestros; pero sobre todo a mis abuelos maternos, Francisco y Socorro, quienes siempre le dieron todo su apoyo a la "oveja negra" de la familia, además de brindarme amor, habitación, vestido y sustento), para quienes hago patente mi más sincero agradecimiento. También le doy las gracias a Leticia Meléndez, quien realizó la captura y transcripción de este trabajo, al igual que a Ruth Arago, quien hizo un creativo trabajo de edición. Para todos ellos mi reconocimiento más sincero.

I. MALCOLM LOWRY EN
BAJO EL VOLCAN: SIMBIOSIS
DE ESCRITOR Y OBRA

Estamos ante el fin de una época que nos ha demostrado la criminal violencia de las guerras sin razón (Vietnam y el Medio Oriente, por ejemplo); un desarrollo industrial sin par que ha producido progresos materiales nunca antes vistos, los cuales llevan aparejados una pobreza ofensiva. El sueño de los viajes interplanetarios está a la vuelta de la esquina, pero también frente a nosotros está la amenaza de una guerra atómica que podría acabar con todo vestigio de vida sobre la tierra en escasos minutos. Estamos viviendo cambios importantes, el fin de las ideologías totalizadoras, las reunificaciones y las divisiones, es un mundo cambiante que nos ofrece el caos pero también el anhelo de la esperanza. Sin embargo, frente a nosotros está ese desconocido, el hombre, el vecino de al lado; esa desconocida, nuestra amada. Ante el todo externo que descubrimos y que en muchas ocasiones no llegamos a comprender cabalmente, se encuentra el mundo interno, el yo subterráneo que, pese a las disciplinas que se encargan de estudiarlo - el psicoanálisis, por ejemplo -, ese mundo sigue siendo un enigma, un averno peculiar que contiene todas las fuerzas del bien y del mal. Cargamos nuestro propio infierno y nuestros demonios quieren salir, escribiría Henry Miller, André Malraux o José Bual, purgatorio y gloria, pánicos y certezas que con estoicismo el escritor trata de volcar en la hoja en blanco, al oído de la amiga que escucha en silencio al otro extremo del teléfono o frente al vaso de ron. Nuestros demonios, de una o de otra forma, vuelven al lugar de donde no debieron salir: el subconsciente, el inconsciente, la región oscura del alma.

Los males del siglo XX, nuestro siglo, no son las guerras en sí, ni el hambre como fenómenos aislado, sino los hombres que las provocan y producen. Vivimos "el tiempo de los asesinos" como señala Henry Miller al referirse a Arthur Rimbaud con acertada sabiduría:

Frente a la vorágine de caos y sombra que se avecina -verdadera confusión total- los poetas de hoy retroceden, embalsamándose en un lenguaje críptico, cada vez más incomprensible. Y, a medida que van desapareciendo uno tras otro, los países que los vieron nacer se van arrojando de cabeza a su propia perdición.

Este asesinato -pues no es otra cosa- pronto llegará a su fin. A medida que la voz del poeta es acallada, la historia pierde significado y la promesa escatológica irrumpe como una nueva y espantosa aurora sobre la conciencia del hombre. Sólo ahora, al filo del precipicio, podemos advertir que todo cuanto nos enseñaron es falso. La prueba de esta desoladora afirmación la encontramos todos los días, en todos los dominios: en el campo de batalla, en el laboratorio, en la fábrica, en los periódicos, en la escuela, en las iglesias. Vivimos enteramente en el pasado, nutridos de pensamientos muertos, de credos muertos, de ciencias muertas. Es el pasado, no el futuro, lo que nos devora. El futuro siempre ha pertenecido y seguirá perteneciendo al poeta, una y otra vez se nos ha exhortado a crear una nueva visión del cielo y de la tierra, a empezar de nuevo, a dejar que los muertos entierren a sus muertos, a vivir como hermanos en la carne, a hacer de la Navidad sobre la tierra una realidad. Repetidamente se nos ha advertido que, a menos que el deseo de una vida nueva se transforme en una viva convicción en cada uno de nosotros, la existencia terrena nunca dejará de ser otra cosa que un purgatorio o un infierno. El único interrogante con que debemos enfrentarnos es: ¿Hasta cuándo podemos retrasar lo inevitable?!

¹ Henry Miller, *Tiempo de asesinos*. Alianza Editorial, Madrid, 1983. Léase el "Prefacio", pp. 10-11.

En su exacta dimensión, como indica C. Wright Mills, "ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad pueden entenderse sin entender ambas cosas"². Pocas veces somos conscientes de esa íntima conexión entre nuestras vidas y el curso de la historia; nunca enfrentamos nuestros problemas personales de manera que nos permitan controlar las transformaciones estructurales que suelen estar detrás de ellos. Ante la avalancha de sucesos, la información "cascada" y las supuestas noticias que "mañana serán historia", el hombre común, el *mass media*, se sumerge en el vaivén de esas aguas agitadas por los políticos, los deportistas, las estrellas del cine y televisión: los grandes hombres. Acaso los únicos hombres que nos previenen espiritualmente y preparan para los momentos del caos y del desastre, del cataclismo que bien puede ser nuestra propia vida, son los escritores, los poetas. Hombres que viven inmersos en el mismo mundo y bajo las mismas condiciones que todos los demás mortales y que, pese a las condiciones adversas para su trabajo, nos dan luz -como Prometeo aun a costa de su vida, de su propio sacrificio-, nos alientan al conocimiento, nos conducen a la sabiduría y conmueven con algo tan simple y tan común -usado por todos- como es la palabra. Estamos ante un mundo casi al borde del abismo -como siempre lo ha estado- aunque ahora la amenaza es más real y concreta. En esos escritores que nos animan a seguir viviendo, a ser felices con otro tipo de valores fuera de los que nos propone la sociedad de consumo, a esos seres que, según Sigmund Freud, tienen como fundamento dos afanes sinceros (el oblativo: dar lo mejor de sí mismos para los demás; el narcisista: reafirmarse como lo que son mostrándose ante los demás), que nos permiten vernos reflejados en cada página, en cada línea, en ciertas palabras importantes para el lector porque comparte la experiencia concreta del autor y entonces participa del puente de comunicación entre los hombres, verdadera comunión en medio del desorden del mundo

El hombre del siglo XX vive más años que sus antepasados de la Edad Media gracias a las vacunas, la medicina; es un ser privilegiado, fuerte, con el

² C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica, México, tercera reimpresión, 1975.

suficiente poder para influir en los otros o acabar con ellos, pero a la vez es tan débil que, si lo deja la amada, por ejemplo, sufrirá lo Indecible, llorará y, en la mayoría de los casos, no sabe qué hacer. Esta es una de las tantas paradojas del mundo moderno y del hombre contemporáneo y esa es una de las tantas situaciones que nos plantea Malcolm Clarence Lowry (1909-1957) en su obra maestra fundamental y una de las novelas más conmovedoras de nuestro siglo: *Bajo el volcán*³.

Acaso Robert Graves hubiera calificado a Lowry como un hombre "natural", pues ante el acoso de la civilización moderna mecanárquica, usó todas sus facultades -percepción, invención, improvisación- para construir una obra sin par en la literatura mundial y quizá una de las mejores novelas que un escritor extranjero haya escrito sobre México y donde el personaje principal es un fiel reflejo de la vida del propio autor. Malcolm Lowry, al igual que Flaubert con *Madame Bovary*, bien podría haber dicho: "Geoffrey Firmin soy yo".

Lowry como hombre, como autor y como personaje de su propia obra esta marcado por su trabajo capital. Es un escritor que al igual Miller, Hemingway, Bukowski y otros, cuando se enfrentó a las fuerzas del mundo llamadas destino, lo hizo con valentía, pese a su alcoholismo, su incapacidad social, la llamada "protaxis", según Douglas Day⁴. Lowry es el personaje-autor de sus novelas y pese a ello, su presencia, su "yo", no es fastidiosa, ni se presenta como una celebridad sino como un ser humano envuelto en la pasión, el delirio dipsómano y el desamor. Nada más común al hombre que el lado negativo de la supuesta felicidad que nos promete el mundo moderno, que nos repiten los *slogans* publicitarios. Ante este hombre, ante el escritor que no supo aceptar el éxito de *Bajo el volcán* porque ya estaba acostumbrado al sufrimiento, al martirio, al infierno de su propia vida consumida en el alcohol, como nuevo Cristo o como

³ Malcolm Lowry, *Bajo el Volcán*. Era, México, 1964. Trad. de Raúl Ortiz y Ortiz; todas las citas son de esta edición.

⁴ Douglas Day, *Malcolm Lowry. Una biografía*. FCE, México, 1983. Trad. de Héctor Aguilar Camín, Manuel Fernández P. y Juan Antonio Santicsteban.

moderno Rimbaud, se abandona en las manos de otros hombres -su editor, su mujer, sus amigos-, para que éstos hagan de su cuerpo, que es su vida y su destino, un festín dionisiaco, la carne y la sangre que sirve de ofrenda para el renacimiento. El autor de una de las novelas más grandes de nuestro siglo escribe un bello poema para explicar el éxito de su trabajo, con tintes trágicos:

Es un desastre el éxito. Más hondo
que tu casa entre llamas consumida,
el estruendo de ruinas y el desplome
ante el que asiste lnerme a su condena.
Y la fama destruye como un ebrio la morada del alma y te revela
que tan sólo por ella trabajaste.
Ah, si nunca me hubiera traicionado
el triunfo con besarme, y las tinieblas,
la caída, el fracaso permanezcan
a mi lado y me cubra para siempre⁵.

Ante este autor de alturas míticas, los trabajos en torno a su persona y su obra casi siempre son estimulantes, valiosos, ya que nos proporcionan otras partes de Lowry quien, pese a su alcoholismo, sacó fuerza de voluntad para sobreponerse, disciplinarse y escribir: *Ultramarina* (1933)⁶, *Bajo el volcán* (1947)⁷, *Escúchanos, oh señor desde el cielo tu morada* (1961)⁸, *Lunar caustic* (1963)⁹, *Selected poems* (1962)¹⁰, *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* (1968)¹¹, *October ferry to Gabriola* (1970)¹² y una gran cantidad de cartas a sus

⁵ "Aproximación" de José Emilio Pacheco en *Tarde o temprano*. FCE, México, 1980.

⁶ Bruguera, Barcelona, 1982. Trad. de Jaime Zulaika.

⁷ *Op.cit.*

⁸ Bruguera, Barcelona, 1983.

⁹ U.A. de Puebla, 1987. Trad. de R.E. Lorente.

¹⁰ Alberto Corazón, Madrid, 1979. Col. "Visor de poesía". Trad. e introducción de M. Antolín Rato.

¹¹ Bruguera, Barcelona, 1981. Trad. de Carlos Manzano.

¹² Ed. Península, Barcelona, 1987. 366 pp. Postfacio y Trad. de Antonio Prometeo Moya. Introducción de Margaric Lowry.

amigos, editores y otros¹³ en tan sólo 48 años de vida. También hay tres libros con planteamientos interesantes, distintos, pero que nos acercan a la obra y a la vida del autor que nos ocupa: *Malcolm Lowry: el jadeo del infierno*¹⁴ de Miguel Espejo y la ya citada biografía de Douglas Day¹⁵. No deja de ser un lugar común y una verdad señalar que escribir de la obra de Lowry es escribir de él y viceversa. Esta simbiosis, como indica Patricia Morales, trata de rescatar a las vidas del olvido: "distintos modos de lo mismo, de diversos ángulos de aproximación a la vida y su relato, sea de un yo real o imaginario (diferencia difícil de establecer cuando se escribe). Cada visión enriquece a las otras.

"En todo caso, lo que nos fascina en la narración de una vida no es la crónica de logros, sino satisfacer una curiosidad esencial: la de saber cómo jugó las cartas que le tocaron en la repartición que hizo el destino. Y en eso no hay recetas, depende de la maestría del narrador, de su arte"¹⁶

Así como Henry Miller, o más recientemente Norman Mailer o Charles Bukowski, se erigieron en autores-actores de los acontecimientos; Lowry nos habla de sus sufrimientos y de su alcoholismo, que es un problema de humanidad y de civilización.

Los problemas esenciales de Geoffrey Firmin-Malcolm Lowry son los de la humanidad desde que ésta puede ser llamada así y el hombre tiene conciencia de su pasado, presente y futuro. Amor y desamor, sobriedad y alcoholismo, encuentro con el paraíso y expulsión del mismo. Un hombre celoso es todos los hombres celosos del mundo, un alcohólico es todos los alcohólicos del mundo. ¿Pero que atracción tiene esta novela, el personaje de Firmin y la vida de Malcolm Lowry para llamarnos la atención de manera sobresaliente? ¿Acaso sea ese "código del solitario", ese héroe, ese artista o ese borracho que todos

¹³ *Por el canal de Panamá*, Era, México, 1969. Trad. de Salvador Elizondo; incluida en *Hear us O Lord from heaven thy dwelling place*, 1961. Léase *El volcán, el mezcal, los comisarios...* Tusquets, Barcelona, 1971. Incluye cartas a Jonathan Cape y Ronald Paulton. Trad. de Segio Pitó.

¹⁴ Miguel Espejo, *Malcolm Lowry: el jadeo del infierno*. U. Veracruzana, México, 1983.

¹⁵ *Op. cit.*

¹⁶ Patricia Morales, "biografía y novela. La búsqueda del Yo" en *unomásuno*, pág. 21, 26/IX/88.

llevamos dentro lo que nos atrae irremediabilmente, como señala José Francisco Conde Ortega?¹⁷ ¿O es acaso esa especie de llamada de atención sobre la forma de perder un amor, en el caso concreto de Yvonne? Lo cierto es que *Bajo el Volcán*, partiendo de todo lo simbólico y anecdótico que pudiera contener, es una novela que llama la atención por sobre todas las cosas o que, sencillamente, causa el franco rechazo.

Aquí tendríamos que hacer énfasis sobre la lectura de *Bajo el volcán*: de ninguna manera es una lectura fácil y sencilla, exige del lector la seria decisión de meterse al texto, de lograr la plena comunicación con la escritura, con la intertextualidad que (re)presenta la lectura de esta obra maestra de la literatura. Y al hacer esta aseveración de "Obra maestra" señalamos una distinción que el escritor no busca conscientemente, sino que, con el transcurso de los años y tras las lecturas atentas, los críticos y lectores califican, celebran o, quizá, olvidan.

Pero *Bajo el volcán* es parte de una biografía, una historia y un libro, y éste es "parte y porción de la humanidad, y como tales, en su creciente y hasta podríamos decir hacinada multitud, merecen consideración, estima y compasión..." según propone Joseph Conrad¹⁸. Hacer el paralelismo entre vida y obra tiene mucho sentido sobre todo cuando vemos la suerte que tuvo la obra cumbre de Lowry antes de ser publicada. Su "Odisea mexicana" marca la primera pauta a seguir en torno a ella: "Prototipo del escritor compulsivo, poseído por su propia obra, en su refugio del Canadá Lowry llegó a afirmar que no escribía, sino que 'estaba siendo escrito'. El éxito de *Bajo el volcán*, ese libro que él había intentado que fuese 'divertido, como una sátira sobre mí mismo', y que de hecho lo había convertido en mito, planeó como una sombra esterilizante sobre el resto de su escritura, un proyecto de varios libros interrelacionados bajo el título de *El viaje que nunca termina*, una especie de 'Divina Comedia del Siglo XX', en la que el volcán tenía que ser el infierno. De él quedaron cientos de

¹⁷ José Francisco Conde Ortega, Oscar Mata y otros, *Homenaje a Malcolm Lowry en sus ochentas años*. Ed. UAM-Azcapotzalco-Gernika, México, 1989, 84 pp.

¹⁸ Joseph Conrad, *Notas de vida y letras*. Ed. B. España, 1987, 330 pp.

páginas manuscritas que sólo tienen interés en relación con su gran obra, un volumen de relatos por acabar, publicados póstumamente, (*Escúchanos, oh señor desde el cielo...*) y varios manuscritos informes, los mejores de ellos inspirados también en México, como *La mordida*, de más de 400 páginas, y *Oscuro como la tumba...* este último publicado en parte... Lo cierto es que Lowry es el autor de un solo libro, *Bajo el volcán*, sin el cual jamás habríamos oído hablar de él. Clásico maldito para iniciados que fue ganando adeptos por el cine en los ochenta, *Bajo el volcán* es para Anthony Burgess una de las mejores novelas escritas en inglés en este siglo: una gran obra Faústica que aún aguarda el reconocimiento general... Hacia el fin de siglo. *Bajo el volcán* será considerada como una de las pocas obras maestras auténticas de nuestra época"¹⁹.

Guardada toda proporción, si Dante vió sólo cinco minutos a Beatriz y escribió la *Divina Comedia*, ¿por qué Lowry, con toda una vida llena de angustias y sufrimientos que se iniciaron en su infancia -según cuenta él-, que sufrió el desamor de una desángeada "estrellita" de Hollywood, sumergido en las garras del perfecto alcohol, con quien diariamente se enfrentaba, no iba a escribir esa "Divina Comedia Ebria" que es *Bajo el volcán*?

¹⁹ Carmen Virgili, "A modo de introducción", en *Quimera* No. 53, "Especial de Malcolm Lowry", Verano de 1986.

I.1 LOS ENEMIGOS A VENCER

Cuando el escritor se enfrenta a la hoja en blanco, no sólo lucha contra ese desierto albo, sino que está haciendo un esfuerzo para sobreponerse a su biografía, lecturas y vicios. Si el escribir es una virtud, para llegar a ella hay que sortear cientos de peligros y poder llenar la hoja en blanco. Pero tras el vuelco del interior al exterior todavía hay que sortear una serie de circunstancias para lograr que el escrito sea leído por una de las partes del proceso de comunicación que se da entre lector y autor: los editores.

Si se ve en el escribir un placer, necesariamente se debe de pensar en su contraparte: es también un dolor. Y nadie mejor para ver la ontología del proceso de la escritura que el propio autor que pugna porque su obra vea los caracteres de la imprenta y salga a la luz bajo un sello editorial. Los sufrimientos del escritor nacen desde la soledad de su estudio cuando comienza a teclear, solo, en la penumbra o en el amanecer, sabiendo que es escritor en la medida en que escribe y lo demuestra. Nadie más desamparado que éste frente a la máquina de escribir o la computadora, frente a la hoja en blanco o la pantalla vacía que espera ser profanada por el pensamiento en ebullición, las ideas, que, finalmente, son palabras, sonidos, transmitidos de un pensamiento a la hoja o pantalla y que quieren llegar a otro. "Cuando Freud cumplía 70 años, se le hizo un homenaje. El orador lo saludó como el descubridor del inconsciente. Freud se apresuró a aclarar: fueron los poetas y los filósofos los que lo descubrieron, mucho antes que yo,... Yo sólo descubrí el método científico para analizarlo y estudiarlo"²⁰.

Si la lectura es un placer que permite la reflexión, el razonamiento y el discernimiento, si se considera un instrumento de aprendizaje, si es comunicación entre autor y lector, también tiene su parte de amargura: "Escribir es una tarea infernal. Lo es desde varios puntos de vista, y tal vez desde cualquier punto de vista. El que hace de esta tarea su centro se condena a llevar socialmente una vida infernal y hace al mismo tiempo de su vida íntima un

²⁰ Julieta Campos y otros "Freud: el emancipador del deseo" en *Literatura y Psique*, Ed. UAM, México, 1990. 244 pp.

llevamos dentro lo que nos atrae irremediabilmente, como señala José Francisco Conde Ortega?¹⁷ ¿O es acaso esa especie de llamada de atención sobre la forma de perder un amor, en el caso concreto de Yvonne? Lo cierto es que *Bajo el Volcán*, partiendo de todo lo simbólico y anecdótico que pudiera contener, es una novela que llama la atención por sobre todas las cosas o que, sencillamente, causa el franco rechazo.

Aquí tendríamos que hacer énfasis sobre la lectura de *Bajo el volcán*: de ninguna manera es una lectura fácil y sencilla, exige del lector la seria decisión de meterse al texto, de lograr la plena comunicación con la escritura, con la intertextualidad que (re)presenta la lectura de esta obra maestra de la literatura. Y al hacer esta aseveración de "Obra maestra" señalamos una distinción que el escritor no busca conscientemente, sino que, con el transcurso de los años y tras las lecturas atentas, los críticos y lectores califican, celebran o, quizá, olvidan.

Pero *Bajo el volcán* es parte de una biografía, una historia y un libro, y éste es "parte y porción de la humanidad, y como tales, en su creciente y hasta podríamos decir hacinada multitud, merecen consideración, estima y compasión..." según propone Joseph Conrad¹⁸. Hacer el paralelismo entre vida y obra tiene mucho sentido sobre todo cuando vemos la suerte que tuvo la obra cumbre de Lowry antes de ser publicada. Su "Odisea mexicana" marca la primera pauta a seguir en torno a ella: "Prototipo del escritor compulsivo, poseído por su propia obra, en su refugio del Canadá Lowry llegó a afirmar que no escribía, sino que 'estaba siendo escrito'. El éxito de *Bajo el volcán*, ese libro que él había intentado que fuese 'divertido, como una sátira sobre mí mismo', y que de hecho lo había convertido en mito, planeó como una sombra esterilizante sobre el resto de su escritura, un proyecto de varios libros interrelacionados bajo el título de *El viaje que nunca termina*, una especie de 'Divina Comedia del Siglo XX', en la que el volcán tenía que ser el infierno. De él quedaron cientos de

¹⁷ José Francisco Conde Ortega, Oscar Mata y otros, *Homenaje a Malcolm Lowry en sus ochentas años*. Ed. UAM-Azcapotzalco-Gernika, México, 1989. 84 pp.

¹⁸ Joseph Conrad, *Notas de vida y letras*. Ed. B, España, 1987. 330 pp.

páginas manuscritas que sólo tienen interés en relación con su gran obra, un volumen de relatos por acabar, publicados póstumamente, (*Eschúchanos, oh señor desde el cielo...*) y varios manuscritos informes, los mejores de ellos inspirados también en México, como *La mordida*, de más de 400 páginas, y *Oscuro como la tumba...* este último publicado en parte... Lo cierto es que Lowry es el autor de un solo libro, *Bajo el volcán*, sin el cual jamás habríamos oído hablar de él. Clásico maldito para iniciados que fue ganando adeptos, por el cine en los ochenta, *Bajo el volcán* es para Anthony Burgess una de las mejores novelas escritas en inglés en este siglo: una gran obra Faústica que aún aguarda el reconocimiento general... Hacia el fin de siglo. *Bajo el volcán* será considerada como una de las pocas obras maestras auténticas de nuestra época"¹⁹.

Guardada toda proporción, si Dante vió sólo cinco minutos a Beatriz y escribió la *Divina Comedia*, ¿por qué Lowry, con toda una vida llena de angustias y sufrimientos que se iniciaron en su infancia -según cuenta él-, que sufrió el desamor de una desángeada "estrellita" de Hollywood, sumergido en las garras del perfecto alcohol, con quien diariamente se enfrentaba, no iba a escribir esa "Divina Comedia Ebria" que es *Bajo el volcán*?

¹⁹ Carmen Virgili, "A modo de introducción", en *Quimera* No. 53, "Especial de Malcolm Lowry", Verano de 1986.

I.1 LOS ENEMIGOS A VENCER

Cuando el escritor se enfrenta a la hoja en blanco, no sólo lucha contra ese desierto albo, sino que está haciendo un esfuerzo para sobreponerse a su biografía, lecturas y vicios. Si el escribir es una virtud, para llegar a ella hay que sortear cientos de peligros y poder llenar la hoja en blanco. Pero tras el vuelco del interior al exterior todavía hay que sortear una serie de circunstancias para lograr que el escrito sea leído por una de las partes del proceso de comunicación que se da entre lector y autor: los editores.

Si se ve en el escribir un placer, necesariamente se debe de pensar en su contraparte: es también un dolor. Y nadie mejor para ver la ontología del proceso de la escritura que el propio autor que pugna porque su obra vea los caracteres de la imprenta y salga a la luz bajo un sello editorial. Los sufrimientos del escritor nacen desde la soledad de su estudio cuando comienza a teclear, solo, en la penumbra o en el amanecer, sabiendo que es escritor en la medida en que escribe y lo demuestra. Nadie más desamparado que éste frente a la máquina de escribir o la computadora, frente a la hoja en blanco o la pantalla vacía que espera ser profanada por el pensamiento en ebullición, las ideas, que, finalmente, son palabras, sonidos, transmitidos de un pensamiento a la hoja o pantalla y que quieren llegar a otro. "Cuando Freud cumplía 70 años, se le hizo un homenaje. El orador lo saludó como el descubridor del inconsciente. Freud se apresuró a aclarar: fueron los poetas y los filósofos los que lo descubrieron, mucho antes que yo,... Yo sólo descubrí el método científico para analizarlo y estudiarlo"²⁰.

Si la lectura es un placer que permite la reflexión, el razonamiento y el discernimiento, si se considera un instrumento de aprendizaje, si es comunicación entre autor y lector, también tiene su parte de amargura: "Escribir es una tarea infernal. Lo es desde varios puntos de vista, y tal vez desde cualquier punto de vista. El que hace de esta tarea su centro se condena a llevar socialmente una vida infernal y hace al mismo tiempo de su vida íntima un

²⁰ Julieta Campos y otros "Freud: el emancipador del deseo" en *Literatura y Psique*. Ed. UAM, México, 1990. 244 pp.

infierno. Además, la meta misma de su tarea, aquella en cuyo nombre acepta excluirse de tantos paraísos sociales y privados, es a su vez una meta devoradora y subterránea, inalcanzable como no sea bajo la forma de una condena incumplible, o sea propiamente lo que el vulgo llama un tormento eterno... Difícilmente puede hablarse del infierno de una manera que no sea personalizada y confesional, más emparentada con el grito, el exorcismo, la catarsis o el clamor, que con el discurso comunicativo o incluso confrontativo. Entre otras cosas porque el infierno es esencialmente la soledad y la exclusión, o, como dice el lenguaje teológico, la excomunión, e incluso decir con Sartre que el infierno son los otros significa que es estar cortado y rechazado de los otros, que el infierno es la impenetrabilidad de los otros... Digo pues que ser escritor es llevar una vida de infierno a cuyo precio puede uno dedicarse a una tarea infernal. Todo el mundo sabe que una biografía de escritor es habitualmente una pieza angustiosa y a menudo sórdida. Sucede a veces que el biógrafo, incluso si es autobiográfico, tiñe de rosa, queriendo o sin querer, los episodios que narra como un todo completo y organizado. Pero cuando tenemos oportunidad de acercarnos a esos episodios sin velos intermedios y sin *atrezzo* póstumo, cuando leemos por ejemplo los diarios íntimos o las correspondencias sinceras de los escritores, raro es que no asistamos a un espectáculo sobrecogedor de desesperación y asfixia. Basta recordar a este respecto los diarios de Kafka o de Pavese, o las confesiones poéticas de Rimbaud..."²¹

El escritor en su lucha por vencer la impenetrabilidad de los otros, para lograr su intención estética (deleitar y conmover a través de la belleza de la palabra), moral (encaminar hacia el bien) y ética (enseñar o indagar en su verdad o en la verdad), lucha contra su propio yo que le ofrece otro tipo de placeres: el alcohol, la vida social, las mujeres, las mismas lecturas. Sin embargo, lo animan dos afanes que el mismo Freud describe al hablar de las enfermedades mentales a través de la literatura y que se encarga de buscar los porqués del trabajo del escritor. El escritor, señala el vienés, hace un viaje en

²¹ Tomás Segovia, *Ensayos I. (Actitudes / Contracorrientes)*. Ed. UAM, Difusión Cultural, México, 1988. 498 pp. "El infierno de la Literatura", pág. 195.

profundidad y tiene dos afanes como principales motivos para hacer una obra: el afán oblativo (dar lo mejor de sí mismo, sus dones, a sus contemporáneos, a los demás) y el narcisista (con el cual intenta afirmar su identidad desdoblándose y reafirmandose conforme ve avanzar su labor, publicar un libro o saber que hay lectores para su trabajo). "El problema de las relaciones entre la vida y la obra constituye, sin duda: uno de los que merecen la mayor atención por parte de la psicología y la psicopatología de la expresión, pero representan al mismo tiempo uno de los que mayores dificultades y peligros plantean. El misterio de esa relación nos desafía como una perenne esfinge. Sería inocente pretender que entre la vida y la obra de un autor se establezcan necesariamente lazos de un paralelismo descubrible, o que ambas sean siempre vasos comunicantes. Pero, por otro lado, ¿cómo pretender soslayar el peso de lo biográfico cuando el estudio de un personaje se intenta desde alguna de las disciplinas 'psi'? Ante la opinión de un Proust que plantea en *Contre Saint-Beuve* que la creación literaria 'es el producto de otro yo' diferente del que el autor manifiesta 'en sus costumbres, en la sociedad, en sus vicios', el psicólogo, el psicoanalista, el psiquiatra, preferirán por supuesto la de un Gide: 'Nada es suprimible de la vida sin hacer un agujero en la tela... la vida no es separable de las obras...'²²

En este intrincado problema de vida-obra, obra-vida, es pertinente rastrear en el trabajo de Douglas Day²³ para comprender hasta qué punto fue difícil la lucha de Lowry contra sus demonios, contra el alcohol, ya no como alegre compañero sino como terrible contrincante al cual vencer, para poder hacer el trabajo diario de la escritura y la reescritura, lograr la concentración necesaria y elemental que exige su labor como escritor. En la documentada biografía de Day -aunque en su afán por llegar a "la verdad" se va más por el lado moral en el libro-, nos señala a un Lowry que siempre ayudó a construir su mito al hablar de un ambiente familiar difícil para una persona sensible como él. Clarence Malcolm Lowry nace el 28 de julio de 1909 en un lugar llamado "Warren Crest", North Drive, Liscard (ahora incorporado al poblado de Wallasey), perteneciente

²² Héctor Pérez Rincón, "La muerte de un poeta", en *Literatura y psique, op.cit.*

²³ Douglas Day, *op.cit.*

al distrito Birkenhead de Cheshire, Inglaterra. Siendo él aún niño, la familia se cambió a Inglewood, a nueve kilómetros de Wallasey, en el pueblo de Caldy. Esta región es conocida como el "Wirral" y es una gran península entre el mar irlandés, al norte, el río Mersey, al este, y, un poco más al sur, la ciudad de Liverpool. Al oeste sus límites llegan hasta el río Dee. El clima es severo: el mar se encrespa mucho y el viento del norte sopla a más de cien nudos. "Esta gente del Wirral es muy difícil", le comentó cierta vez, con agudeza, una mujer a Conrad Knickerbocker -primer biógrafo de Lowry, quien se suicidó en la primavera de 1966 sin llegar a concluir su trabajo-, la gente de ahí vive del mar en forma poco escrupulosa. La masa principal de la península es de piedra triásica y arenisca; el litoral está poblado de cuevas dispuestas idealmente para el contrabando y utilizadas para ese fin por cientos de años. Sin embargo, la gente del Wirral fue incluso más famosa por sus asaltos a los naufragos que por el contrabando.

A dicha zona llegó la familia Lowry: "En Caldy impera el estilo Tudor de vigas expuestas, enredaderas y jardines arreglados -el lugar ideal donde un próspero hombre de negocios de la clase media de Liverpool, como Arthur Osborne Lowry, querría comprar una casa-. Y la casa que compró, Inglewood, satisfacía idealmente sus necesidades: sus campos eran extensos y bien cuidados, y los quince cuartos de su espaciosa construcción de madera de roble cubrían las exigencias de la gran familia que, hacia 1909 se reunía en torno de él..."²⁴

El padre quizá pudo ser como lo señala Knickerbocker: "la encarnación de lo peor de la clase media imperial". Para Arthur Osborne Lowry, la sentencia de *mens sana in corpore sano* acaso tenía un sentido de venganza. Prohibido fumar. Quizá un vaso de oporto, en Navidad. Baños fríos... Mucha fuerza, tenis, natación, tiro, golf y caminatas. En ese ambiente y con tres hermanos más interesados en los negocios de la familia, "leyendo a Blake" y algunos de los

²⁴ Douglas Day, *op.cit.*

libros llegados a Inglewood como premios escolares, comienza a gestarse el gusto literario de Malcolm Lowry. De sus tres hermanos - Stuart Osborne, Wilfrid Malbon y Arthur Russell-, con el que se llevaba mejor era con el mayor, 14 años más grande que Malcolm, quien además quería al niño y le prestaba atención, la cual era correspondida por el niño Lowry.

No es necesario saber mucho de psicoanálisis para comprender cuán cruciales son los hechos de la infancia. Por desgracia no es posible rastrear todos esos momentos (además, no es la idea de este trabajo), pero sí se sabe que, por los viajes que hicieron sus padres, el niño quedaba al cuidado de nanas poco escrupulosas. Que entre los nueve y los trece años padeció una infección oftálmica desatendida que lo mantuvo con una ceguera parcial. Por confidencias a los amigos de la niñez y juventud se sabe que "admiraba y temía" a su padre. "Es muy probable que Lowry quisiera realmente construirse una infancia infeliz"²⁵, señala Day, remarcando que las causas posibles pudieron ser la conmiseración a que era afecto Lowry y para no cargar con la responsabilidad de haber adquirido tantos defectos patentes en el hombre maduro:

En otras palabras, hubo muy poco en su temprana edad que sugiriese que Malcolm Lowry se convertiría en un alcohólico empedernido y autodestructivo (o en un genio). Pero hemos aprendido a sospechar de las infancias felices de nuestros héroes literarios: Dylan Thomas tuvo una juventud 'normal', y también Ernest Hemingway. Y ambos fueron en una u otra forma, suicidas y autodestructivos²⁶.

De nueva cuenta vida y obra, obra y vida, enlazándose y formando un aparente nudo de difícil solución. En el mejor de los casos, esa falta de afecto que Lowry pregonaba por parte de sus progenitores se transformó en un modo de vida, en una forma de la existencia sublimada en que el escritor da lo que no

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ *Ibidem.*

le dieron. Los casos de esta especie de sublimación al castigo y al desamor, llenan cientos de páginas de autobiografías y vienen desde Kafka hasta Thomas Mann, pasando por Dostoievski y Rilke. ¿En qué medida esa desatención afectó al pequeño de la familia Lowry y no a los otros integrantes de la misma? No se puede saber, sin embargo el joven Malcolm opta por salir de la casa y se embarca, en 1927, en el "S.S. Pyrrhus" para viajar al Lejano Oriente. De esa experiencia nacería su primera novela: *Ultramarina*, publicada en 1933, por Jonathan Cape. Con ese viaje empieza la errancia de su vida que lo llevará a París, México, Noruega, Bonn, España, Estados Unidos, Haití, Italia y Canadá. Regresará a Inglaterra para morir, el 27 de junio de 1957, y ser sepultado el 5 de julio en el cementerio de San Juan Bautista, en Ripe, East Sussex, ocho kilómetros al oriente del pueblo de Lewes, justo al norte de South Downs. En el borde del cementerio de la iglesia existe una pequeña lápida que llanamente dice: "Malcolm Lowry 1909-1957", siendo éste, acaso, el más famoso residente de la villa y, si como dice André Malraux, "la muerte es destino", con su muerte su destino se selló: Malcolm Lowry el escritor que nos dejó una obra clásica del siglo veinte: *Bajo el volcán*. Un escritor, un hombre que vivió, sufrió y escribió en México y que, como indica Héctor Manjarrez, acaso "...una parte de nuestro cariño por Malcolm Lowry se explique por el hecho de que vivió un delirium tremens casi permanente que le hizo entender México por fuera de todas las categorizaciones occidentales y modernas. Para los europeos, Lowry es un escritor maldito. Para nosotros, un romántico y clásico"²⁷.

²⁷ Héctor Manjarrez, *El camino de los sentimientos*. Era, México, 1990. Ensayos, sobre todo en "Casi veinte años y una noche con don Malcolm Lowry", págs. 203-216.

I.2 PERSONAJES, PERSONAS Y SITIOS

Entre Lowry, el autor, y Firmin, el personaje, hay una leve frontera que los hace demasiado comunes, paralelos, pero a la vez simbióticos. La persona Lowry saca mucho de sus proyecciones y angustias para formar el personaje Firmin. Manjarrez señala que cuando el Cónsul no está en escena, el libro se viene "literalmente abajo"²⁸; los otros personajes, el medio hermano y la mujer del protagonista, son de "endeble caracterización". Sin embargo, donde se une la biografía con la ficción, cuando lo autobiográfico se vuelca en la hoja, viene la verdadera acción intensa. "...*Bajo el volcán* no es un libro redondo y ni siquiera equilibrado, sus aciertos son inmensos y a veces pura y simplemente geniales... hay pocos libros con la intensidad emocional, con la intensidad de la mirada -o la visión- que caracteriza a *Bajo el volcán*. Este tipo de libros apasionados, absolutos, siempre tienen grandes defectos. No sólo es lógico, sino que resulta miope o mezquino hacer hincapie en sus caídas. Sus caídas, de hecho, son componentes orgánicos de la visión que produjo el libro y que fue capaz de sostener su extraordinaria intensidad... La escritura lowryana, tal como es, con sus parrafadas juveniles y sus páginas donde se le da una y otra vez vuelta a la *cosa mentale* con pasión, es una escritura única. Después de Joyce, de Faulkner y de Miller, ¿quién ha escrito, en el idioma inglés, páginas tan originales y denodadas como Lowry? (Burroughs, sí)... Dentro de la debacle conservadora y provinciana que ha caracterizado a la literatura británica desde que Joyce la hizo añicos, la figura de Lowry es una figura fuera de serie"²⁹.

Persona, personaje y sitios se conjuntan para producir la acción. En México comienza la gestación de su gran obra. En 1935 se embarca en San Diego hacia Acapulco, a donde llega el Día de Muertos, luego se establece en Cuernavaca donde empieza a escribir *Under the volcano*. Viaja a la ciudad de México y se hospeda -acaso presagiando su destino- en el Hotel Canadá. Conoce Oaxaca y traba amistad con Juan Fernando Márquez. En 1938 abandona México y ya trabaja en el segundo borrador de *Bajo el volcán*. "México le dará la experiencia seminal, a la sombra de los volcanes y en la penumbra de

²⁸ *Ibidem.*

²⁹ *Ibidem.*

las cantinas, en Canadá, en los breves años en que fue feliz, escribirá *Bajo el volcán* tres y cuatro veces. Ahora bien, este inglés desarraigado es el autor del mejor libro extranjero con México como escenario.

"Esto no es poco decir. México, paraíso e infierno lowriano, ha suscitado decenas y decenas de libros y también de lugares comunes. Lowry, sin embargo no nos interpreta. Le reconoce al país su inmenso rango como escenario dramático, pero sin endilgarnos las culpas, los prejuicios y las fantasías de Europa. Para Malcolm Lowry, México no es un *back projection*. Por ello, y de muchas maneras que no siempre son definibles, *Bajo el volcán* es un libro mexicano y es parte, por ello, de nuestro inconsciente colectivo... Lo interesante -lo fascinante, yo diría- es cómo se le coló el país, cómo Lowry lo amó sin mitificarlo y como lo temió sin vituperarlo. Una vez que se ha leído *Bajo el volcán*, se acude a él, tanto adrede como inconscientemente, en ocasiones en que de pensar en el país se trata. Y ¿qué lector de Lowry no ha ido o planeado ir a El Farolito a tomarse unas copas?

"Más aún, ¿acaso no es Malcolm Lowry el que, con gran humor y exactísimo naturalismo, escucha, reproduce y conserva -en el caso de expresiones caídas en desuso- muchos giros idiomáticos mexicanos? Es el Lowry 'mexicano' el que descubre el cómico significado de la expresión 'No tenga cuidado': *Don't be careful*, ¡obviamente! El único costumbrismo de Lowry es un costumbrismo mexicano; su costumbrismo marino es un préstamo de Melville, Jack London y Conrad Aiken.

"Sus compatriotas D.H. Lawrence, Graham Greene y Evelyn Waugh también escribieron sobre México, pero dijeron más de sí mismos que de nosotros. ¿Cómo fue que Lowry, que generalmente no veía más allá de la copa que tenía enfrente, y que no era intelectual o siquiera anímicamente el ser más predispuesto a entender otras culturas, pudo escribir diálogos y descripciones que uno, como mexicano, admira y envidia?... Puritano hasta la médula, Lowry encontró su apocalipsis en México y sus alcoholes; el país le prestó su escenario

grandilocuente para la visión apocalíptica, y sus alcoholes terribles, como el mezcal, no sólo le mostraron la intensidad delirante de su mente, sino que lo aproximaron a la gente más jodida del país³⁰.

México es el sitio, Cuernavaca el lugar, Lowry la persona que crea la obra, Firmin el personaje que contiene todas las características de la persona, los contenidos de autobiografía que llegan hasta Yvonne-Jan, la primera esposa de Lowry, quien lo abandona para buscar el estrellato y la fama en Hollywood, mientras que Lowry-el Cónsul se da a la bebida para olvidar, para no sufrir. ¿Qué nos depara *Bajo el volcán* en cada página? Alcohol, amor-desamor y, finalmente, la caída en el abismo de la muerte: Firmin y su amada, quienes no se supieron amar, mueren en forma coincidente; el primero cae en el fondo del barranco, acompañado de un perro callejero, la segunda es muerta por un caballo desbocado y su mirada asciende a las estrellas: cielo e infierno.

Ahora trataremos de analizar ciertos simbolismos que se entrelazan: del alcohol y el amor; la idea del honor y la dignidad; el sentido protector del genio y la creación en *Bajo el volcán*.

30 *Ibidem.*

II. ALCOHOL

"...El alcohol es perfecto, es insustituible, es una ocupación mayor. No hay más que fijarse en los borrachos en las cantinas: hablan solos, están en armonía consigo mismos, son los auténticos reyes del mundo..."

Marguerite Duras en una entrevista de 1984
(Versión de Raúl Rodríguez Cetina).

Si alguien calificara a *Bajo el volcán* como una novela alcohólica, no estaría lejos de la verdad: hay constantes referencias a distintos tipos de bebidas y la mayoría de los personajes beben. La narración comienza con la evocación que hacen el doctor Arturo Díaz Vigil y Jacques M. Laruelle el día 2 de noviembre de 1939, recordando el año anterior y la muerte trágica del Cónsul inglés, Geoffrey Firmin, y de Yvonne, mientras beben "Anís del mono" (pág. 10). El sentido que adquiere la bebida conforme avanza la novela, más que en términos celebratorios al dios Baco, se va transformando en una sinfonía contrapunteada a Dionisio, el dios griego que encarna "todos los fluidos vitales: agua, leche, vino y esperma", ya que el Baco romano era casi exclusivamente "el dios del vino"³¹. Siguiendo con los guiños en torno al alcohol y sus propiedades dionisiacas que lo mismo van por el lado de la razón y de la sinrazón, Jacques M. Laruelle rememora la última borachera de Firmin, cuando regresa Yvonne, y señala que "el Cónsul había bebido hasta la sobriedad" (pág. 22).

Pero ¿cómo se llega bebiendo hasta la sobriedad, cuáles son los sentimientos del bebedor que con el trago siente que sube hasta tomar al cielo por asalto, con la certeza clara de que, entre más suba, más terrible será la caída? Hay una confesión de Malcolm Lowry en el delirium tremens de Martin Trumbaugh:

³¹ Jan Kott. *El manjar de los dioses*. Era, México, 1977. Trad. de Juan Tovar. Léase en especial "El manjar de los dioses o *Las Bacantes*", pág. 180 y siguientes.

Incidentalmente todo lo que se ha escrito sobre la bebida es absurdo. Hay que empezar otra vez por el principio. Pensar en el conflicto interior, la tristeza abrumadora que también nos puede llevar a participar en la trágica condición humana, en el conocimiento propio, en la disciplina. El conflicto es de suma importancia. *Gin* con jugo de naranja es la mejor cura para el alcoholismo, *cuya causa principal es la fealdad y la completa e incomprensible esterilidad de la existencia* tal y como nos la venden. De otro modo sería avaricia. ¡Pero, por Dios, es avaricia! ...Una oración Dios, dales vino a los borrachos que despiertan al alba farfullando en el seno de Belcebú, agotados, espialdo nuevamente a través de la ventana el inquietante despertar del día...³²

Y luego una interpretación autobiográfica, que siempre le pareció a Lowry digna de recordar porque hablaba de su modo de tomar, y la oyó en alguna ocasión en una taberna y se dirigió a su persona:

Nada más de mirar a ese hijo de puta me hace sentir contento durante cinco días. Soy cabrón si no.³³

El 2 de noviembre de 1938 Geoffrey Firmin intenta estar en la mejor condición posible porque se ha hecho a la idea de que debe cambiar su modo de vida -de muchas formas esto implica un "renacimiento" y es lo que pide Dionisio a quienes le profesan culto-, dejar de beber o beber lo menos posible para, incluso, enviarle una carta a Yvonne pidiéndole que vuelva, que sepa que ha cambiado y que puede regresar a vivir con él. Pero el inesperado regreso de la mujer amada cambia el sentido de ese renacimiento que quiere asumir Firmin y ante la perspectiva de una nueva vida -angustiosa posibilidad de derrumbe, de adentrarse en lo desconocido, de no poder cumplir como hombre, de la impotencia sexual y anímica para volver a vivir con la adúltera, con la mujer con

³² Malcolm Lowry, *Por el canal de Panamá*. op.cit. pág. 33 y siguientes. Subrayado nuestro.

³³ *Ibidem*.

la que se metió su hermano Hugh y Laurelle, la mujer que lo dejó para sumirlo en la desesperación del solo, del abandonado, ante la posibilidad del fracaso amoroso y la caída sentimental- el Cónsul hace de su hígado corazón y se entrega al sacrificio que le exige el alcohol y los antiguos dioses paganos. Siendo Cónsul inglés, pese a la atracción que ejercen los volcanes sobre su propia postración y lo que éstos significan en la mitología del mundo occidental - el volcán es el cielo, la barranca el infierno, la vida el purgatorio-, no se aleja de las interpretaciones que rodean a sus ancestros, por eso quiere escribir sobre "La Atlántida" -acaso el paraíso perdido-; pero también es regido por la fuerza descomunal del alcohol porque desde joven recibió la cultura etílica y, en ese sentido, "cultura" también significa y proviene de "culto" -el que sabe y que profesa- y el dios titular de esa rama de la humanidad es Dionisio, pero este exige el sacrificio más ingrato para el ser humano, para los vivos: la muerte.

De muchas maneras el sacrificio dionisiaco de descuartizar a un ser humano prefigura la eucaristía de los cristianos que beben la sangre y comen el cuerpo de Cristo. Esta ceremonia, sin duda, tiene su antecedente remoto en la vieja tradición dionisiaca de comer el cuerpo de Dios o de un hombre sacrificado durante el rito al Dios³⁴. *Tragos* es el chivo o el cerdo sacrificado durante el rito a Dionisio porque ambos son los enemigos de la vid, también es la palabra de donde viene *tragedia*, al igual que el concepto de ser "un chivo expiatorio", alguien a quien se le echa la culpa, alguien que se sacrifica, o lo sacrifican, por los demás, por las culpas ajenas, para pagarlas o para lavarlas. El Cónsul llega a "El Farolito" para ser el chivo expiatorio de un grupo de hombres que padecen xenofobia y ven en el hombre rubio a un posible espía de los aliados. El Cónsul cumplirá con el ritual del borracho de cantina, pagará su consumo y, como no recibe el cambio -por honor no debe insistir en que se lo den-, seguirá bebiendo hasta desquitar el dinero entregado al cantinero.

³⁴ Léase "Los dos nacimientos de Dionisio" en el libro del mismo nombre (pág. 129) de Robert Graves, Seix Barral, Barcelona, 1980. Trad. de Lucía Graves y Maya Flakoll. También Eurípides, *Las diecinueve tragedias*. Porrúa, México, 1972. Col. "Sepan cuantos..." No. 24. Trad. e introducción de Angel María Garibay, en especial "Las Baquides" o "Las Bacantes", según otros traductores.

Ese sacrificio ritual del Cónsul esta lleno de guiños: el hecho de que el dueño del local se llame Diosdado -el designio de Dios o lo que Dios quiera-, que el cantinero apodado "El pocas pulgas" coma calaveras de chocolate, son parte de la preparación para el destino final del hombre. El Cónsul necesitó cuarenta y dos años de preparación para "vivir sus últimas doce horas". Los dioses infernales -o Dionisio- han contribuido a este adiestramiento "provocando la muerte de su madre, llevándose a su padre al norte de Srínagar, en los Himalaya, en busca del Himavat, la Montaña Mágica de la mitología hindú. Y lo han traído a él y a su medio hermano Hugh a Inglaterra, los han dotado de una serie de padres adoptivos y de una infancia y adolescencia solitarias y vulnerables. Han hecho a Geoffrey, sucesivamente, un poeta, un investigador, un héroe (y un criminal) de guerra, y lo han vuelto un alcohólico..."³⁵

Ahora esta ante Diosdado, el Dios que da destino a los hombres para que, después de su vida terrenal, sean comidos por la tierra. Por si fuera poco el Cónsul se mete con María y, con ese acto pese a su feroz borrachera con mezcal, se introduce en los misterios de la carne: es comido y la come, su semen y su borrachera fluyen hacia la mujer, que también es la madre tierra, en sentido figurado al principio y literalmente después.

El Cónsul se deja sacrificar por el amor a los demás, por el amor a Yvonne, y por eso se consume en las llamas del infierno del alcohol. En la carta no enviada que encuentra Laruelle en el primer aniversario de la muerte de Firmin, éste había escrito:

"El amor es lo único que da sentido en este mundo a nuestras lastimosas sendas: claro que no estoy descubriendo nada nuevo"³⁶.

³⁵ Douglas Day, *op.cit.*

³⁶ *Bajo el volcán, op.cit.* pág. 49 ("Vas a pensar que estoy loco, pero también así bebo, como si estuviera recibiendo un eterno sacramento...")

Pero el Cónsul tiene miedo de fracasar en el plano erótico y en el *agape* (amor por el compañero); amor, erotismo y sexualidad son parte de un *poder* no autónomo del pensamiento que lo traiciona y lo hace volver al pasado para angustiarse con el *no poder*, con la impotencia. "Ya sea que se comprenda al amor como *eros* más que como *agape*, sin separarlo, sin embargo, de la amistad (*philia*), ya sea que se deje al *erotismo* en su indefinible ambigüedad o que se entienda a la *sexualidad* como una fuerza tan vigorosa y tan vasta como la *libido*, es extraordinariamente difícil en todo caso aprehender la raíz unitaria de esos modos de ser al mismo tiempo que sus diferencias, porque su raíz unitaria es problemática... Mientras disequemos al ser humano en tres secciones: cuerpo, alma, espíritu, no lograremos captar la unidad original..."³⁷

Firmin se encuentra dividido, su cuerpo pide la consagración dionisiaca en el alcohol; su alma aspira al reconfortante encuentro con Yvonne; su espíritu no acepta la paz porque piensa que todo está perdido, que es demasiado tarde para cambiar e intentar ser felices. Las palabras de fray Luis de León pintadas en la casa de Laruelle, "No se puede vivir sin amar", son la parte esencial del pensamiento lúdico de Firmin que fluctúa entre el placer de beber y el sentimiento amoroso y erótico, que es *eros* y *tanatos*, el todo y la parte, porque el amor es inseparable del logos y aunque "sin ser el todo del ser, el amor no es un fenómeno aislado. Es una de las potencias elementales de la totalidad (¿habrá qué decir humanas?), una de sus más altas posibilidades. Es uno de los cursos del mundo y uno de los rostros de todo lo que es, que engloba en su particularidad universal el mundo total, del que es un aspecto"³⁸.

Bajo el volcán nos conmueve porque es la lucha de un enfermo alcohólico por buscar la ruta del amor; porque es una novela de amor que nunca se da plenamente y que cuando se dio Firmin escogió un camino que lo llevaba al infierno y luego a la caída fundamental. Historia de amor y alcohol, por eso es

³⁷ Kostas Axelos. *La errancia erótica*. Ed. UAM-Difusión Cultural, México, 1991.
³⁸ *Ibidem*.

intenso el ruego del Cónsul ante la Virgen de la Soledad, la patrona de "los que no tienen a nadie con ellos" y por eso es interesante la historia - independientemente de estructura cíclica que nos hace pensar en la *Divina Comedia* de Dante, aunque más precisamente en el infierno circular que éste propone-. Geoffrey espera del amor un milagro, pero desde el principio hasta el fin nunca comprende al amor de Yvonne que, precisamente porque lo ama, regresa a él y pide de beber como una muestra de amor; pero el amor es polivalente, multidimensional y siempre lleno de interrogantes, por eso el Cónsul no sabe lo que quiere ni lo que desea ante la otredad formada por otras circunstancias, no quiere *ser el otro* y, por lo mismo, consagra la eucaristía consumiendo su cuerpo (y consumiéndose) en el alcohol. Por eso ante la Virgen de los desamparados, Firmin hace su ruego supremo: que haga real el mundo de lo imaginario:

Por favor deja que Yvonne tenga su sueño -¿sueño? de una nueva vida conmigo; por favor déjame creer que todo eso no es un abominable autoengaño... Por favor déjame hacerla feliz, libérame de esta horrible Tiranía del yo. He caído muy bajo. Déjame caer más bajo aún, para que pueda conocer la verdad. Enséñame a amar otra vez, a amar la vida... ¿Dónde está el amor? Déjame sufrir verdaderamente. Devuélveme mi pureza, el conocimiento de los Misterios, que he traicionado y perdido. Déjame estar solo en verdad, que pueda rezar honestamente. Déjanos ser felices otra vez en algún lado, aunque sea sólo juntos, aunque sea fuera de este mundo terrible. ¡Destruye el mundo!³⁹

Como indica Juan García Ponce, el Cónsul sufre la congestión de sentidos y sentimientos al estar frente al hecho consumado del regreso de su mujer: Yvonne: "...sin la que no puede vivir y con la que no puede vivir. Ella trae consigo el pasado del Cónsul desde que se conocieron en Granada (¿Jan?), un pasado

³⁹ *Bajo el volcán. op.cit.*

lleno de promesas de felicidad y de botellas" y él está "*Perfectamente borracho*, así en español, en esta novela... está el Cónsul cuando Yvonne regresa a Quauhnhuac después de haberlo abandonado porque siempre estaba *perfectamente borracho*. Sin embargo, no se puede vivir perfectamente borracho ni tampoco se puede vivir sin amar. Ella regresa; él la ha esperado sin esperanza en todo tipo de cantinas, en la cantina absoluta que es su alma donde también se aloja el absoluto amor por Yvonne. Y desde luego el mórbido sentimiento que evoca el Día de los Muertos -¡Dolente, Dolore!-, que es también el de Jacques Laruelle y el doctor Díaz Vigil al evocar al amigo desaparecido en el primer aniversario de su muerte y que es también el nuestro conforme avanzamos en la lectura de *Bajo el volcán*, o cuando regresamos a una inevitable relectura, seguiremos los inciertos pasos del Cónsul y los seguros de Yvonne durante todo ese último día de amor y de su vida en común que sólo encuentra la unión en la separación⁴⁰.

"El dolor producido por la separación es, en última instancia, un dolor narcisista", indica Igor Caruso en *La separación de los amantes*⁴¹, por eso el Cónsul quiere salir de las botellas y entrar en Yvonne, "en un plano las dos se contraponen. Un amor que se encuentra en las botellas y que incluye a ellas y a la personalidad misma es 'imaginario'; el amor que viene como desde lo más profundo de los sueños para convertirse en la presencia física de Yvonne es 'real'. El Cónsul, desde que logra convencerse de que Yvonne está de veras allí y sale del hotel Belia Vista para dirigirse junto con ella a la casa en que ha vivido en la calle Nicaragua, se dirá a sí mismo que tiene que hacer que lo real triunfe sobre lo imaginario, que debe ser digno de la presencia que Yvonne viene a regalarle. El intento es dramático (nosotros diríamos trágico). Están los recuerdos, esta un pasado lleno de felicidad y dolor. Ya en el viaje por la calle Nicaragua pasan frente a la casa de Jacques Laruelle donde está inscrito el

⁴⁰ Juan García Ponce, *Apariciones. (Antología de ensayos)*. FCE, México, 1987 pag. 113 y las que siguen.

⁴¹ Igor Caruso, *La separación de los amantes*. Siglo XXI, México, segunda edición, 1970, 308 pp.

letrero 'No se puede vivir sin amar', pero donde también Yvonne le ha sido infiel ... con Jacques Laruelle"⁴².

Ante la situación real de hacer el amor con Yvonne, Firmin se evade hablando y desde donde se encuentra vislumbra una botella de whisky, que se presenta como la otra tentación. Fracasa en su intento amoroso, cosa que no sucederá cuando se encuentra frente a María -la madre tierra, el destino último del hombre, la caída hacia lo oscuro de la barranca más profunda-. "La escena de la impotencia, entre el Cónsul e Yvonne, encuentra su equilibrio en la escena entre el Cónsul y María..."⁴³, explica Lowry y también hace saber "que semejantes son los gemidos del amor y los de la agonía"⁴⁴.

Sin embargo *Bajo el volcán* está regida por el culto a Dionisio, no sólo por el contenido etílico que pregona, sino porque sigue la estructura -intencional o casualmente- de *Las Bacantes* o *Las Báquides* de Eurípides, tragedia que concluye cuando el cadáver de Penteo, destrozado por su propia estirpe bajo el monte Citeron, yace en la arena. Las Bacantes recitan la moraleja final: "Más el dios abrió el camino de lo que nadie esperaba"⁴⁵.

Tanto o de la misma manera en que Geoffrey e Yvonne no esperan su muerte aunque viven en medio de la tragedia que es su propia vida desesperanzada. Así como Penteo queda destrozado por su estirpe, el Cónsul yace bajo el volcán sacrificado por su propia estirpe, los otros hombres, que representan a la humanidad en su conjunto. El Cónsul rueda y en su caída aún escucha su propia voz en un ruego que pide ayuda: "No podía seguir adelante. Exhausto, desvalido, se desplomaba. Nadie le ayudaría, aunque pudiera hacerlo. Ahora era él quien quería morir a orillas del camino, en donde ningún buen

⁴² Juan García Ponce, *op.cit.* Paréntesis nuestro.

⁴³ Malcolm Lowry, *El volcán, el mezcal... op.cit.*

⁴⁴ *Ibidem.*

⁴⁵ Jan Kott, *op.cit.* Eurípides, *op.cit.*

samaritano se detendría. Aunque resultaba sorprendente que resonara en sus oídos ese estallido de risas, de voces: ¡Ah!, al fin lo rescataban..."⁴⁶

El Cónsul en su agonía comprende lo que significó el regreso de Yvonne, la solidaridad de Hugh, pese a todo, pero esa es la cumbre de su sobriedad alcohólica y, tras la subida, el siguiente paso es el caer irremediamente. Dionisio en *Las Bacantes* es un forastero, el Cónsul sigue siendo un forastero en Quauhnahuac y correrá la misma suerte trágica de Maximiliano de Habsburgo casi 90 años atrás. La humanidad ha perdido sus objetivos y ofende a los dioses; éstos, o el destino, se vengan castigando al ser humano con lo más terrible: la muerte. Con la muerte se acaba todo aunque el mundo siga fluyendo, pero ya no es importante porque el difunto ya no puede verlo; el muerto sigue ahora su camino a través de Semele, la tierra, que es la propia madre de Dionisio.

Dominado por el alcohol, por los tragos dionisiacos que dan alegría y terror al mismo tiempo, Lowry planea una salida trágica pero honrosa para su personaje, tanto como él quisiera una. El Cónsul no sólo es el chivo expiatorio de esos hombres enloquecidos por el alcohol -finalmente miembros de la misma cofradía, *Los borrachones*, como el cuadro de José Clemente Orozco que cuelga en una de las paredes de la cantina-, que lo ven con desconfianza, sino que también es una de las formas de explicación del autor de la novela. El chivo expiatorio es la imagen de Aquel a quien se sacrifica⁴⁷, el Cónsul es despedazado porque Malcolm Lowry ha sido despedazado.

El destino alcohólico de Firmin se comienza a perfilar y sellar con la muerte prematura de su madre, luego cuando su padre lo abandona para subir a los Himalayas -a las alturas-, porque desde ese momento él y su medio hermano Hugh, comenzarán a descender hasta encontrar el camino verdadero que está marcado por la gloria y el honor o por la caída inclemente. Hugh

⁴⁶ *Bajo el volcán, op.cit.* pág. 402.

⁴⁷ *Jan Kott, op.cit.*

atiende al primer llamado, Geoffrey se va por el otro pese a sus actos heroicos que se mezclan entre la fantasía y la realidad misma de su existencia. El ejemplo "bebestible" de los Taskerson, con quienes vive su adolescencia, es su más recóndito antecedente alcohólico y ve con admiración al más pequeño de ellos, el cual, pese a que no cumple aún los 15 años, se llega a beber 6 litros de cerveza en una tarde (pág. 25). Aunque el Cónsul siempre anda ebrio, los calificativos que le prodigan van por el lado de la "simpatía", "extremadamente valeroso", "héroe" y "un hombre noble" (págs. 38, 39 y otras). El Cónsul bebe hasta la sobriedad porque su borrachera intenta ser terapéutica (pág. 59), no exenta del ritual que rinde tributo a una divinidad no precisada (¿el destino? ¿los dioses de la Cábala? ¿los terribles dioses aztecas? ¿el propio Dionisio?), aunque creemos que bien puede ser el pagano Dionisio: "Vas a pensar que estoy loco, así bebo como si estuviera recibiendo un eterno sacramento" (pág. 49).

Para llevar a cabo ese ritual sacramental es necesario un espacio físico, un templo, donde realizar el sacrificio y recibir el sacramento: el propio cuerpo, la cantina y desde ésta divisar el cielo, los volcanes, el Popocatepetl, pero también desde ahí ver la cañada con la barranca infernal. La cantina es una especie de limbo donde cada uno de los que ingresan recibe el sacramento y de él depende el bienestar o la penitencia, el sufrimiento, la resurrección o la caída. El Cónsul deja fluir su mente y piensa en:

Las cantinas que pronto estarán alzando sus persianas, porque ni las mismas puertas del cielo que se abrieran de par en par para recibirme podrían llenarme de un gozo celestial tan complejo y desesperanzado como el que me dan las puertas sin candado que giran en sus goznes para admitir a aquellos cuyas almas se estremecen con las bebidas que llevan con mano trémula hasta sus labios. Todos los misterios, todas las esperanzas, todos los desengaños, sí, todos los desastres existen aquí, detrás de esas puertas que se mecen (pág. 60).

Si se bebe para estar bien, por sentirse bien, el Cónsul obviamente está mal en la medida en que no puede ya catalogar la diferencia entre lo que es el mundo "real" y su imaginación desbocada. El *Delirium tremens* está presente en muchas de las introspecciones que Firmin se hace durante la narración de esta *Divina Comedia Ebria*. "El alcoholismo es una de las pocas enfermedades que se emboscan en el principio del placer. Jean Brun, el filósofo de lo dionisiaco, quizá concedería que es una manifestación de la tendencia ascensorial que busca emparejar al hombre con su creador. No es una idea novedosa: ya en el siglo XIV era sabido (como recuerda José Fuentes Mares en su injustamente soslayada *Nueva guía de descarriados*) que 'entre el vino y lo di-vino se da una convergencia exacta'. La frase de Thomas Wolfe (*Look homeward angel*), de que 'si el hombre pudiera estar siempre borracho sería como los dioses' apunta en idéntico sentido.

"Importa poco deslindar categorías: trátase de un alcohólico social, neurótico, sicótico o maniaco-depresivo, impera el lazo común de un impulso encaminado a desatar nudos, romper barreras, fincar simpatías y disolver diferencias. Diríase que el yo es una máscara tan gravosa que, no obstante el obsesivo cuidado que se le tributa, lustrándola día y noche para que supere en brillo a las ajenas, aprovechamos la menor coyuntura para descansar de ella, fugándonos por el pico de una botella. Contradictoria condición la nuestra: participamos en un torneo de individualidades que en el fondo detestamos y pudorosamente procuramos satisfacer el instinto egocida que subyace en nuestra conducta cotidiana. Recuérdese cómo durante las saturnales romanas, anulado transitoriamente el entramado social, convivían en términos igualitarios el patricio y el plebeyo, dando rienda suelta, juntos, a la inaplazable necesidad de mitigar la nostalgia de infinito que matiza, subliminalmente, hasta el último de nuestros actos. No sorprende, pues, el fracaso de las religiones, que al hombre espiritual de los fieles responden con fórmulas huecas: extraviadas sus raíces, deben conformarse con la celebración de ritos que monologan ante el espejo.

"El alcohol es una ruta opcional de probada eficacia: al menos por unas horas, el cuerpo depondrá su despotismo, postergando el sentimiento de orfandad que incita al encuentro de la mano y la copa. Que el alcoholismo es una patología, está más allá de cualquier debate. Pero también la religiosidad presenta modalidades aberrantes. ¿Será impensable un parangón entre alcoholismo y devoción religiosa? En ambas condiciones cabe teorizar sobre predisposiciones orgánicas. Piénsese, si no, en la proclividad mística de los epilépticos, padecimiento rastreable con sorprendente frecuencia en la hagiografía. La barra de cantina o la simple mesa que sirve de anclaje a los oficantes de Baco, cumple funciones litúrgicas similares a las del altar eclesástico, y la adhesión a un código de gestualidades posee carácter inviolable en los dos ámbitos.

"Los *médicos de almas* se resisten a admitir al alcoholismo como síntoma de talento..."⁴⁸

Cuando el Cónsul está en "El Farolito", su última cantina, y pide mezcal, sabe que su fin se acerca por intuición poética y, cuando lo rodean todo tipo de sujetos, el padrote, el jefe de jardines, el jefe de tribunas, dos policías, sabe que él es el sacrificado. El violinista lo previene y la mujer vieja que vio por la mañana jugando dominó en otra cantina lo insta a que se salga porque los hombres de ahí "son malos". Con el mezcal (¿para todo mal mezcal?), el Cónsul ha perdido el miedo, ya no piensa en la evidente derrota de su espíritu ante la llegada de Yvonne, ya no recrimina a Hugh por haberse ido con su mujer. Desaparecen las clases sociales y, frente a la barra, todos son humildes bebedores de la eucaristía (San Juan: VI-51, 58): "si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna".

⁴⁸ Roberto García Jaime, "El alcoholismo", en *unomásuno*, pág. 30, martes 5/VI/90.

En la carta que viene en los dramas isabelinos que el Cónsul le prestó a Laruelle y que 18 meses después el señor Bustamante le regresa, aparte de la declaración de amor, dice: "You Will: I am mad, but this is how I drink too, as if I were taking an eternal sacrament..." Firmin es un comulgante, es un ebrio que ama y que quiere conciliar los dos términos de su vida afectiva: el amor a la botella y el amor a los demás -a Yvonne, al paraíso perdido, a la ciudad donde vive- pero, si partimos de esa carta de amor, "notamos que el alcoholismo, el pesimismo, la perenne desilusión de Firmin no son sus condiciones de posibilidad de ser, sino sus atributos. Y advertimos que su fundamento mismo es el sacramento, la unión vital con el mundo, la compenetración del ser con lo exterior.

"Todo sacramento, sin embargo, tiene un rito premonitorio. El alcohol es el rito de Firmin. Conocemos a este personaje porque lo vemos transitar por el último día de su vida; nada sabemos de su lucidez (uso esta palabra en un sentido común, ya que la verdadera lucidez de Firmin se esconde en la borrachera) y todo o casi todo de su visión alcohólica..."⁴⁹

Firmin quiere escribir un libro, quiere comunicar lo que sabe porque acaso ha llegado al infierno, su propio infierno y esa experiencia inconmensurable la quiere dar a la luz. Pero ese libro terrible, alquímico, de esencia, nunca lo escribirá (así como Lowry sí), "porque su comunión no era un acto de espiritualismo sino de ósmosis y de capilaridad de raíces del ser, adoración cósmica y carnal cuya iniciación la daba el alcohol. Y no cualquier alcohol. Había grados. Era el mezcal lo que alcanzaba en Firmin toda la plenitud del sacramento.

"De allí (no de su gusto por el alcohol, sino de su necesidad de comunicación concreta) que Lowry resulte más que un escritor común, un sacralizador; de allí que su visión de México sea tan natural como la de un

⁴⁹ Alfredo Juan Alvarez, *Las literaturas totales*. Ed. UAS, Sinaloa, 1978. "Malcolm Lowry sus implicaciones". pág. 91 y siguientes.

mexicano... *Bajo el volcán* retrata un alcohólico que representa no la esclavitud y la enajenación, sino su única posible ontología... Firmin es, en medio de su borrachera, el continuo comulgante: ama y entiende a través del amor doliente; piensa y sus ideas atraviesan la simple tela dialéctica, entrando a terrenos que, aunque contemplativos, nunca son estáticos, sino ricos del dinamismo real de lo que es el mundo (¿dialéctica contemplativa?); vive y muere, su existencia enriquece nuestra experiencia...(Firmin) es un héroe no un mártir; vive para sacramentalizar el mundo a través del mezcal y muere perdido en un país semisalvaje, a manos de los mártires del alcohol, aquellos que se embotan y se doblan, los verdaderos ebrios: gente que se envanece de ser inspector de jardines, sargento de policía o influyente con los gobernadores de Cuernavaca... Mística del mundo, santidad que es la total humildad. El Cónsul Geoffrey Firmin triunfa sobre toda evasión; acepta su camino y se sabe condenado a la dolorosa tierra. En medio del Paraíso Terrenal prefiere el árbol de la ciencia del bien y del mal, el conocimiento directo del mundo. Va fabricando desde la niñez su misma expulsión de los lugares idílicos..."⁵⁰

Cuando Malcolm Lowry se propuso escribir esta *Divina Comedia Ebria*, aparte de enfrentarse a los dos problemas básicos para su elaboración (Uno: Elección de la voz narrativa: punto de vista, tono, estilo; Dos: Elección de persona: situar y ubicar la novela), tenía que vencer un problema más serio: el de su propia emoción, tomar distancia entre los acontecimientos de su vida que eran, en lo esencial, los mismos a los que se tenía que enfrentar el Cónsul y que formarían el contenido de su gran trabajo novelístico.

El escritor es un esclavo de la nostalgia y tiene que transformar su realidad a través de la evocación e invocación que se transformarán en una obra literaria; pasar de la emoción de los hechos a la reflexión sobre los mismos. Si por antonomasia el escritor es quien descubre lo que los demás no ven, o se niegan a ver, nadie mejor que Lowry para descubrirnos el alma atormentada del

⁵⁰ Alfredo Juan Alvarez, *op.cit.*

alcohólico abandonado - que son todos los abandonados y todos los alcohólicos del mundo-, del tomador consuetudinario que se enfrenta a una realidad terrible en sí y más terrible en sus circunstancias de extranjero y ebrio.

Boris Pasternak decía que "así como nadie ve crecer la hierba, así nadie ve pasar la historia", y en ese sentido Lowry ubica su novela como historia y hace de su historia personal una novela. El trabajo esencial de un escritor es mostrar lo que no se conoce. Las novelas son, de hecho, un desgarramiento para que nos olvidemos de nosotros mismos - o al revés, sepamos lo que somos-, son un espejo donde siempre se verá reflejado el hombre en su exacta dimensión. Los novelistas rescatan la verdadera historia, porque finalmente la historia de los grandes actos del hombre son sólo literatura.

Pero todo queda de lado ante el verdadero reto que tuvo que afrontar Lowry y otros escritores, geniales o no: enfrentarse a la hoja en blanco, pero este impedimento puede ser salvable, el verdadero meollo es dejar de lado a John Barleycorn⁵¹ y la "lógica blanca" que lo acompaña, embaucadores verdaderos y envoltores de ebrios con "sentido común" para beber, según el decir de Jack London⁵²

era el rey de los perseguidos, de los ocultos... Nunca me abandonó su amistad, cuando él estaba conmigo le sentía crecer... Era la compañía ideal para caminar por la senda de los dioses. Todavía ayuda al desarraigado en su lucha. Su camino estaba hecho de la más desnuda de las verdades y de muerte. El nos proporciona visiones de absoluta claridad y sueños de lodo. Era enemigo de la vida y maestro de los deseos más allá de cualquier anhelo de existencia...⁵³

⁵¹ Denominación popular que se le da a la bebida en algunos lugares de Estados Unidos y Europa.

⁵² Jack London, *Las memorias alcohólicas*. LEGASA, Madrid, 1981. Trad. de José L. Moreno Ruiz.

⁵³ *Ibidem*, pág. 15

Contra él se enfrentó London haciendo sus mil palabras diarias; contra él se tenía que enfrentar Malcolm Lowry para concluir *Bajo el volcán*, después de varios manuscritos quemados y perdidos. London describía a dos tipos de bebedores:

Uno es el hombre que todos conocemos, ese estúpido, ese sujeto poco imaginativo, ese tipo con el cerebro anegado; camina dando tumbos grotescos con las piernas blandas; se cae frecuentemente en los charcos y ve, cuando entra en éxtasis, ratones azules y elefantes color de rosa. Es el clásico elemento que produce risa y al que vemos reflejado en las tirillas cómicas de los periódicos.

El otro tipo de bebedor tiene buena capacidad para imaginar, tiene visión. Cuando ha bebido se siente feliz, camina con naturalidad, no da tumbos ni cae, y en todo momento es consciente de lo que hace y del lugar en donde se halla. Su cuerpo no está borracho, pero sí su cerebro.

Puede pensar con fluidez y expresarse claramente. Y puede percibir la presencia de interrogantes de carácter intelectual, las cuales se presentan cuajadas de espectros y fantasmas, visiones lógicas y cósmicas, que se manifiestan en forma de silogismos al que es capaz de dar adecuada respuesta. Es entonces que su condición de bebedor le sitúa al margen de los cauces de la vida, llevándole al mundo de las ilusiones, mundo que le demuestra esa necesidad imperiosa de quitarle al cuello de su alma el collar de hierro que la tenía presa. Y ese es el instante en que el hombre recibe el influjo poderoso de John Barleycorn. Es un estado al que puede acceder, a pesar de todo, el hombre que rueda por los charcos. Pero jamás accederá a él quien se mantenga rígido sobre sus piernas, y piense que en todo el universo no hay nadie capaz de mantenerse tan incólume como él, llamemos a eso anticipación al día de su muerte.

Para con este hombre habrá llegado la hora de hacer uso de la blanca lógica (más blanca que ninguna), que es el nombre que le damos a la ley de las cosas pero no hay significado de las mismas. Esa es su hora de mayor peligro. Sus pies se asientan sobre la senda que le conducirá a la ruina.

...Es la pena que el hombre imaginativo habrá de pagar por su amistad con John Barleycorn. La pena a pagar, para el estúpido, es simple, más fácil. Bebe hasta llegar a un estado de inconsciencia.

Duerme un sueño estupefacto y, si tiene sueños, lo serán inarticulados y pobres. Pero al hombre imaginativo John Barleycorn le envía crueles, espectrales silogismos propios a la lógica blanca. Ve la luz, comprende todo cuanto a su lado ocurre con los ojos despiertos de los filósofos germanos del pesimismo. Consigue ver a través de todas las ilusiones. Trastoca todos los valores. Dios es malo, la verdad es una trampa, la vida es una burla. Con la certeza de un dios, llega a la conclusión de que la vida no es otra cosa que un infierno. Mujer, hijos, amigos, vistos a la luz de la lógica blanca, son un fraude, una desvergüenza. Les mira al interior y todo cuanto ve es falso, cicatero, enfermo.

Querrán hacerle caer. Son miserables, pequeños egoístas, como el resto de los humanos, capaces de animar el valvén de la vida en una hora. No son libres. Son muñecos a merced del destino. Y él es como ellos. Hace las mismas cosas. Pero hay una pequeña diferencia. El ve; él posee la virtud del discernimiento. Todo lo cual no es bueno para un hombre hecho con la intención de que viva, ame y sea amado. El suicidio, rápido o lento, desesperado o perseguido gradualmente con

el paso de los años, es el precio que John Barleycorn te exige. Ningún amigo suyo escapa sin hacer el justo, exigido pago⁵⁴.

¿Y no es eso lo que le sucede a Malcolm Lowry en la vida real y a su personaje en *Bajo el volcán*? El alcohol cobra su precio y nadie que se plante sobre la tierra puede dejar de ver lo que da y quita la bebida: de la euforia de los tragos vespertinos al amanecer con la *cruda* catastrófica. Tampoco es posible ignorar que la embriaguez alcohólica

...controlada hasta donde sea posible, es un método de conocimiento cultural y de interpretación del mundo en general, absolutamente imprescindible. Los que no han bebido nunca no podrán saber jamás *come e fatto il sapere*, al decir de Leopardi, ni qué clase de animal de artificio somos los hombres desde aquel remoto viaje del dios Dionisios a las lejanísimas tierras del Indo... el vino es uno de los elementos principales que nos separa de la zoología y que ha dotado de noble extravagancia a una de las tradiciones de conducta que, sin la intervención de Baco, serían aún más esclavas de la humillante tiranía de la lógica... Todos sabemos, sin necesidad de reclamar la asistencia de los ángeles o de los dioses, que el borracho hace cosas imposibles... el vino transforma el mundo, cambia sus leyes, todas, incluso la virtud de los santos, para hacerlo habitable y grato a los que creen en él. Se trata de como el vino santifica, en cierto modo diviniza, cambiando el ser del mundo por su haber debido ser⁵⁵...

¿Y qué son los actos de Geoffrey Firmin si no excentricidades de no estar regidos por el alcohol? Desde la primera vez que "Frijolillo" entra a un bar por su propio albedrío y pide Johnny Walker para todos pero no le sirven porque es menor de edad (pág. 28), el futuro Cónsul está sellando su destino, el cual se

⁵⁴ Jack London, *op.cit.*

⁵⁵ Carlos Barral, "prólogo" a *La leyenda del Santo bebedor* de Joseph Roth. Anagrama, Barcelona, 1981. 92 pp.

reafirma en diciembre de 1937 cuando Yvonne se va y él queda sumido en la más profunda desesperación. Porque no sólo es el abandonado de su mujer sino que se va con su medio hermano, Hugh, por eso la vuelta de ella no le llena de alegría sino de preocupación porque acaso sólo llega para volverse a ir, para comprender que sus mundos son distintos y él está hundido, irremediadamente, en su propio infierno de alcohol y recuerdos ingratos. Así mientras bebe estricnina para evitar el alcohol, se ve sumido en sus pensamientos, en su *delirium tremens*, ensimismado analizando lo que ha sido su vida, debatiéndose entre el posible trago o tragos venideros: "Pensó: 900 pesos= 100 botellas de whisky= 900 idem de tequila. Ergolis: no debía uno de beber tequila ni whisky, sino mezcal" (pág. 88).

El regreso de Yvonne lo tortura en forma doble: por una parte porque no quiere beber frente a ella, porque el alcohol fue una de las causas por las que ella se alejó y, por lo mismo, quiere aparentar voluntad y fortaleza frente a la bebida; por otra parte porque también está Hugh en Cuernavaca y no sabe qué sucederá con este nuevo triángulo, inesperado, grave, lacerante, con ese encuentro nuevo y aterrador con el pasado que ahora esta ahí, frente a Firmin: "¡Ah, una mujer no podía conocer los peligros, las complicaciones, sí, la importancia de la vida de un borracho!"(pág. 97). El tiempo del Cónsul, que es el tiempo del ebrio, se mide por tragos, aunque físicamente, por el reloj, parece ser el mismo de los demás.

¿Qué derecho tenía Yvonne, cuando por ella había sufrido las torturas de los condenados y de la locura durante veinticinco minutos sin tomar una copa potable, a insinuar siquiera que estaba, según ella, sólo sobrio? (pág. 97).

Cuando el Cónsul esta en el momento supremo de perdonar a Yvonne su abandono e infidelidad, las voces interiores, los fantasmas, los diablos, el *delirium tremens*, la tormenta interna de su alma se desata. Por un lado está el

repiqueo de los sentimientos encontrados, de esa ansiedad que exige a la mujer amada:

Sí, te amo, me queda todo el amor del mundo por ti, sólo que ese amor parece tan alejado de mí, y también tan extraño, porque es como si casi pudiera oírlo, como un zumbido o un llanto, pero distante, muy distante, y como un triste murmullo perdido que puede ser que se acerque o se aleje, no sabría decirlo... Te amo. Sólo que... (En lo profundo de mi ser nunca podré perdonarte bastante: ¿era eso lo que pensaba decir?)... Y a pesar de ello, volvía a pensarlo una y otra vez, como si fuera la primera, cuánto había sufrido..., sin ella; ciertamente que nunca en su vida - salvo cuando murió su madre - había conocido semejante desolación y tan desesperado sentimiento de abandono, de despojo, como durante este último año sin Yvonne. Pero nunca con su madre pudo sentir esta emoción de ahora: este urgente deseo de herir, de provocar en un momento en que sólo el perdón podía salvar el día; más bien ese deseo comenzó con su madrastra, ... era duro perdonar, duro, duro, perdonar. Aún más duro, por no decir cuán duro era, *te odio*. Ahora mismo, de preferencia a cualquier otro momento. Aunque aquí estaba el momento de Dios, la oportunidad para estar de acuerdo, para producir la tarjeta, para cambiarlo todo; o quedaba aún sólo un momento... Demasiado tarde. El Cónsul había dominado su lengua. Pero sintió que su mente se dividía y se alzaba, como las dos mitades equilibradas de un puente levadizo que se uniese para permitir el paso de esos ruidosos pensamientos... (págs. 218 y 219).

El Cónsul se debate entre los tragos y seguir a su mujer, pese a la desconfianza que le causa la presencia de Hugh y Jacques Laruelle, en quienes cree ver un brillo especial en los ojos. La frase de fray Luis de León (pág. 231) "No se puede vivir sin amar" que tiene escrita en su casa Laruelle repiquea en su cerebro, como un estribillo cantarino que intenta ser la llamada de atención

sobre lo que ha hecho de su vida, es una reflexión, y una parte del sentido que podría tener su vida, pero ante la partida de Hugh e Yvonne rumbo a "El Parián", el Cónsul se siente angustiado y monologa:

¡Ah, qué daría por tener un caballo y galopar, cantando, lejos, quizá para ir a ver al ser amado, para llegar al corazón de la sencillez y la paz del mundo! ¿Acaso no era eso como la oportunidad que depara al hombre la vida misma? Claro que no. Sin embargo, sólo por un momento, así le pareció (pág. 235).

Esa paz que anhela, esa paz que espera, esa sencillez que permite ver las cosas con otra dimensión, es la que no llega a su alma desesperanzada. A fin de cuentas soberbiamente humano, de pronto el Cónsul siente la llama del deseo, el impulso de olvidarse de todo -hasta de los tragos- y ser feliz con Yvonne, pero esas intenciones que suenan en su interior se van con el ruido de la feria (págs 236 y 237).

Los actos reales del Cónsul lo llevan por un camino que ha recorrido otras veces. Su pensamiento se encuentra dividido por el amor y por los posibles tragos que puede beber durante el trayecto. También sabe que si vuelve a tomar mezcal puede ser su fin (pág. 237). Así como Penteo fue destrozado por su propia madre, Agave, el Cónsul sabe que, de otras formas, otro agave producto de la tierra de Oaxaca, lo puede conducir a su irremediable fin y volverse una tragedia su historia.

Conforme transcurre el tiempo, el Cónsul reflexiona sobre su vida y sus circunstancias: "¿Cuántas botellas desde entonces? ¿En cuántos vasos, en cuántas botellas se había escondido, solo, desde entonces?" Empieza la enumeración de bebidas y marcas: aguardiente, anís, jerez, Highland Queen, oporto, tinto, blanco, Pernod, oxygenee, ajenjo, calvados, Dubinet, Falstaff, rye, Johnny Walker, Vieux Whisky blanc Canadien, demis, los noch ein Herr Obers, los et glass Araks, tusen taks, tequila, mezcal (págs. 318 y 319), además de las

otras bebidas que ha tomado durante el transcurso del día. Pero toma mezcal y el agave hace su parte alucinante en la tragedia que acecha a Firmin:

Rezumando alcohol por cada poro, el Cónsul permanecía en la puerta del Salón Ofelia. ¡Qué cuerdo había sido al tomarse un mezcal! ...Porque era una bebida indicada, la única que se debía tomar en tales circunstancias. Además, no sólo se había probado a sí mismo no temerlo, sino que también estaba plenamente despierto, volvía a estar del todo sobrio y podía resolver cualquiera dificultad que se le presentase. Si no fuera por esas continuas contorsiones y saltos en su campo visual, cual innumerables pulgas de arena, hubiera podido decirse que no se había tomado una copa en varios meses. Lo único que andaba mal era que sentía demasiado calor (pág. 301).

Cuando el Cónsul llega a "El Farolito" y pide mezcal (pág. 364), está marcando su destino y, como señala Malraux "la muerte cambia a la vida en destino". Al rechazar todo pensamiento sobre Yvonne luego del segundo mezcal, comienza su descenso al infierno interior y exterior. Yvonne es el lazo que lo ata al mundo, es el erotismo, el amor, la vida; el alcohol es la fuente en que hay que abreviar para llegar a una dolorosa verdad o a un plácido engaño, es también el medio para lograr la divinidad y pensar que nada nos afecta, o es el fin mismo: el infierno. El alcohol no es lo que descompone al hombre, sino el instigador que saca lo que el hombre tiene adentro: su salvación o su perdición. Las fuerzas destructivas y creativas luchan y una de las dos debe sobresalir e imponerse cuando el manjar de Dionisio fluye para transformarlo todo. Así como en *Las Bacantes* el rey Penteo se tiene que disfrazar de mujer, así en *Bajo el volcán* el Cónsul será confundido con su medio hermano, con un bolchevique, con un judío, con un americano, porque esa transformación ante los otros y la que él mismo se impone al decir que se apellida Blackstone, es parte de la tragedia, es la catársis que exige el lector, el autor, los personajes.

Comer el cuerpo del chivo expiatorio, de la divinidad, del muerto, según exige el dios, morir para renacer según pide la divinidad. "El Pocas Pulgas", cantinero de "El Farolito", engulle calaveras de chocolate, como señal inequívoca de que la muerte misma "le vale madres", "le pela los dientes" y por eso las devora. Afuera está la celebración del Día de Muertos y comienza a oscurecer, son ya casi las siete de la noche, y a lo lejos se ve la sombra amenazante o protectora, según se vea, del volcán Popocatepetl y a un lado el despeñadero, el cielo y el infierno: "¡Bajo el volcán! Por algo los antiguos situaron el Tártaro bajo el monte Etna, y en su interior al monstruo Tífeo con sus cien cabezas y sus ojos y voces -relativamente- terribles" (pág. 366). El Cónsul intuye algo cada que su pensamiento va rumbo a Yvonne pero sigue insistiendo en que "la vida está a la vuelta de la esquina en forma de otra copa en una nueva cantina" (pág. 368), pero también está la muerte en la otra copa o en la nueva cantina; pero como el personaje de "El perseguidor" de Julio Cortázar, el Cónsul piensa:

¿Te acuerdas de mañana?... Se hallaba separado de sí mismo... Estaba borracho, esta sobrio, estaba crudo: todo al mismo tiempo; eran pasadas las seis de la tarde, y, fuera por estar en el Farolito o por hallarse ante esta anciana en este cuarto cubierto de vidrio, donde ardía una luz eléctrica, le pareció haber regresado a la mañana, era casi como si fuese otra especie de borracho, en circunstancias diversas, en otro país, a quien le aconteciera algo muy diferente: era como alguien que se levanta, en la madrugada, medio idiotizado por el licor, murmurando: -¡Cristo, esto es lo que soy! ¡Qué asco!... (pág. 371).

Esa extraña trinidad de estados alcohólicos son, de varias maneras, el anuncio de lo que vendrá; ese desdoblamiento de sensaciones se concreta cuando al estar haciendo el amor con María, Firmin hace una analogía entre los gemidos del amor y los de la agonía (págs. 377 y 378). Fluye el licor, fluye el semen: el Consul es transformado por los otros y, en un momento de lucidez,

Geoffrey Firmin piensa en su paraíso en la Columbia Británica, haciendo vida común con Yvonne, pero es un paraíso perdido porque es parte de la utopía, del puede ser, del quizá, pero no de la terrible realidad que circunda su vida. Sintiendo sobrio (pag. 381) se siente libre para "devorar en paz lo que le queda de vida", situación que se verá alterada por la llegada de los bandidos y del contrabandista que introdujo a Hugh al país. Todo lo demás que sucede, incluyendo su muerte en manos de los forajidos, podría ser el soberbio *delirium tremens* de un moribundo. "Echarse unos tragos" lleva al Cónsul a la muerte y *Tragos*, en su sentido primigenio, es el macho cabrío, la víctima inmolada a Dioniso o Baco en las fiestas de la vendimia, pero también de ahí viene *tragedia*, por lo que no es nada del otro mundo pensar que cuando no se respeta al dios del vino sobreviene ésta. Seguro que Lowry no ignoraba esas referencias, tan las sabía que hace referencias a las transformaciones y los renacimientos del ser humano, del Cónsul en particular. Las referencias en *Bajo el volcán* no son gratuitas y por eso cuando están presenciando una corrida de toros, Lowry escribe:

Sí, ahora se le ocurrió a Yvonne que todo este asunto del toro era como la vida; el nacimiento importante, la oportunidad justa, luego las vueltas al ruedo, primero las tentativas, después seguras, por último casi desesperadas un obstáculo salvado- hazañas indebidamente reconocida aburrimiento, resignación, derrumbe; luego otro nacimiento aún más convulsivo, nuevo comienzo; circunspectos esfuerzos para abrir los ojos en un mundo ahora francamente hostil, el aparente aunque engañoso estímulo de quienes nos juzgan, la mitad de los cuales dormía, los desvíos hacia los comienzos del desastre por aquel mismo obstáculo insignificante que antes se había franqueado con un solo paso, la trampa final en las redes de enemigos de los que nunca tenía uno la completa certeza de que fuesen amigos más torpes que de hecho mal intencionados, a la que seguía el desastre, la capitulación, la desintegración... (pág. 284)

Así entre las penas de amor, la desconfianza para con sus semejantes y el alcohol, el Cónsul descenderá moribundo para ubicarse bajo el volcán, solo, acompañado de desperdicios y de un perro muerto lanzado tras él y que cae a su lado.

Bajo el volcán es una novela del alcohol y sobre el alcohol y que, por medio de la técnica de escritura, intenta reproducir el "flujo de conciencia", los efectos de un viaje hasta el final del alcohol. El Cónsul tiene siempre sed, "sed de salvación y de conocimiento... la novela entera ...(es) la fantasmagoría intensiva de un alcohólico decidido a beber hasta caer: la muerte del Cónsul se correspondería entonces con el derrumbe del bebedor exhausto- e incluso para el crescendo progresivo en el ritmo de los acontecimientos, a partir del capítulo diez, habría que buscar la clave en la aparición del mezcal en escena: un cambio de umbral en la misma embriaguez..."⁵⁶ Pero también es una novela que maneja otros preceptos, otros alcances en la épica del hombre moderno que ve al mundo desplomarse, tal como el Cónsul se desploma. En su agonía Firmin comprende que la salvación siempre estuvo cerca, al alcance de su mano, y eran los otros: Yvonne, Hugh, Díaz Vigil, Laruelle; esa no era la muerte que quería, ni la que creía merecer, pero fue la que le mandaron los dioses (o Dios). Se han cumplido los preceptos y los conceptos que maneja el mundo occidental desde que los griegos ordenaron el mundo: Los dioses están arriba, los hombres abajo y los muertos mucho más abajo.

⁵⁶ Miguel Morey "Las desventuras del buen samaritano" en *Quimera*, *op.cit.*

III. HONOR

Con el regreso intempestivo de Yvonne, inesperado para el Cónsul, éste, al igual que Lowry en la vida real, se encuentra ante un dilema de suyo interesante: por un lado está la mujer que ama pero que lo traicionó con su medio hermano y con Laruelle; por otro está la certeza de que no puede rehacer su vida debido al alcohol y al miedo que siente al pensar en una nueva traición.

Desde la llegada de Yvonne, a las siete de la mañana, el Cónsul intenta mantenerse alejado del alcohol. Días antes, por consejo de Hugh, Firmin comienza a beber estricnina como una forma de alejarse paulatinamente del alcohol. Yvonne se va en diciembre de 1937 y regresa el 2 de noviembre de 1938; tras un año de ausencia, el Cónsul ha intentado escribirle y pedirle que vuelva, pero por dignidad -ahora confundida con el sentido del honor-, por desidia, nunca logra depositar la carta. Cuando Yvonne llega, la sorpresa es mayúscula pero el Cónsul prefiere guardarse las palabras, sumergirse en su interior, mientras analiza los pros y los contras de este regreso intempestivo: "Yvonne advirtió en sus ojos un extraño brillo familiar que siempre le espantaba, y que ahora se volvía hacia el interior..."(pág. 59)

Geoffrey Firmin como inglés y Cónsul tiene en alta estima su sentido del honor, la "gracia" de que aun estando muy tomado, no se le note su estado etílico. Esa cualidad que aspira a ser una ética o una moral del bebedor, es la que no le permitió mandar la carta; esa intolerancia ante semejante ofensa es su escudo frente a la mujer que ama y que le reprocha su modo de ser (y de beber y de vestir):

¿Desde qué concebible punto de vista de la rectitud imaginaba ella poder juzgar lo que era anterior a su llegada? Y no sabía en absoluto, nada de lo que sufriera recientemente, de su caída en la calle Nicaragua, de su aplomo, de su presencia de ánimo, hasta de su intrepidez misma... ¡Del whisky irlandés Burke!... Tampoco era, aunque fuese en el plano más superficial, que se conociera bien el

hecho de que nadie podía darse cuenta cuando estaba borracho. Igual que los Taskerson. ¡Dios los bendiga! No era él el tipo de persona a quien se veía acostarse en la calle, si llegara a ser menester, como todo caballero; pero no hacer esos. ¡Ah, vaya mundo que pisoteaba la verdad como pisoteaba a los borrachos! ¡Mundo lleno de gente sedienta de sangre, ni más ni menos! (págs. 97 y 98).

Siendo Geoffrey el hermano mayor de Hugh, a éste le perdona la traición pero no a Yvonne, porque fue ella quien le causó el gran dolor del abandono, y ya no la puede admitir como compañera; aunque sabe que ella regresó porque lo quiere: "El que yo haya perdido la confianza en Yvonne no implicaba por fuerza que ella la hubiese perdido en mí, de quien se tenía un concepto bastante distinto" (pág. 90). Mientras Yvonne se baña, el Cónsul piensa tomarse dos copas y, cuando camina por la calle Nicaragua, cae boca abajo. Su sentido del honor inglés y las enseñanzas de los Taskerson, hacen que se ponga de pie antes de que lo atropelle un auto manejado por otro inglés: "... de súbito sobrio como un juez, se levantó ágilmente... El Cónsul sacudía el polvo de sus ropas; en vano buscaba las heridas; no tenía ningún rasguño... Erguido como Jim Taskerson..."(págs. 91, 92 y 93); ya que para los Taskerson "era cuestión de honor parecer más sobrios mientras más borrachos estaban" (pág. 25).

La contraparte del Cónsul es su propio medio hermano, Hugh, quien desde joven tiene una idea concreta de cómo pasar la vida: "En el fondo, anhelaba la honestidad, el arte..." (pag. 89). Hugh es bebedor ocasional, incursionó en la composición y en la música, estuvo en la Guerra Civil Española y es menos escrupuloso que su hermano mayor, incluso ingresó al país ilegalmente tras tener una riña en Estados Unidos y haber matado a un tipo.

El peregrinar ebrio de Firmin se da en medio de la dignidad, el decoro y el honor:

Hasta ahora el Cónsul se había portado de modo espléndido. Sus pocos tragos necesarios (razonables o desaforados), habían obrado

maravillas. Caminaba soberbiamente erguido, con los hombros echados hacia atrás y el pecho hacia afuera: lo mejor de todo era su engañoso aspecto de infalibilidad, de lo indiscutible, en especial si se le hacía contrastar con la forma en que Hugh se veía vestido con ropa de vaquero. Vistiendo su tweed cortado con cuidado a la medida... Y la vieja corbata chagford de rayas azules y blancas, con la afeitada que le diera Hugh, su espeso cabello rubio peinado con cuidado hacia atrás, su barba café ligeramente entrecana recién acicalada, su bastón, sus gafas oscuras, ¿quién habría de decir que no era, inequívocamente, una imagen de total responsabilidad? (pag. 209).

Cuando se encuentra en casa de M. Jacques Laruelle, mientras Hugh e Yvonne se adelantan, el Cónsul elucubra sobre su soledad, pero se da cuenta que no está solo porque están los tragos -amable compañía- de los que se fueron, el de Jacques y la coctelera:

... A pesar de lo cual, no bebía ahora. Con su mano derecha se tocó el biceps de la izquierda. Fuerza, de cierta clase... ¿pero cómo infundirse valor? Aquel buen valor festivo de Shelley; no, aquello era orgullo. Y el orgullo invitaba a seguir adelante hasta matarse, o bien hasta `enderezarse` como antes, tan a menudo, solitario, con ayuda de treinta botellas de cerveza y contemplando el techo. Pero esta vez era muy diferente. Qué ocurriría si aquí la valentía entrañara admitir la derrota total, admitir que no podía uno nadar, admitir hasta (aunque por un instante la idea no le pareció del todo mala) internarse en una clínica para curarse. No; fuera cual fuera el fin, no se trataba sólo de `salir de aquello`. En eso, ningún ángel ni Yvonne ni Hugh podían ayudarlo. En cuanto a los demonios, los había en su interior así como en el exterior; tranquilos por el momento (acaso durmiendo una siesta) seguían no obstante rodeándolo y habitándolo; lo estaban poseyendo. El Cónsul contempló el sol. Pero había perdido el sol: no era su sol.

Como la verdad, era imposible verlo de frente. -Y, sin embargo, lo veré de frente- ¿como? Cuando no sólo se mentía a sí mismo, sino además creía su propia mentira y volvía a mentir a aquellas ficciones engañosas, entre las cuales no estaba ni siquiera su propio honor (pág. 226).

En el Cónsul hay un sentido de la verticalidad invariable, es un borracho honroso y como tal se porta hasta sus últimas consecuencias. Incluso en el pleito con los bandidos de "El Farolito", se aguanta por "dignidad y honor", los infundios que los otros ebrios le hacen, de las acusaciones desafortunadas. Pero lo que no tolera es que le quiten las cartas de Yvonne, porque eso es íntimo y está en contra del honor que una bola de borrachos se entere del contenido de las mismas.

Si la estructura que sigue la tragedia es vertical ("los dioses arriba, los hombres abajo"), "esta estructura del mundo con sus funciones, símbolos y destinos definidos, el 'arriba' y el 'abajo', es uno de los arquetipos más universales y duraderos"⁵⁷. Por esa verticalidad misma que permite el paso del cielo a la tierra y de la tierra al infierno, el Cónsul, de manera constante, ve el volcán pero también la cañada. Por honor y dignidad sufrirá los embates de los bandidos, se defenderá y ese será su fin: de la tierra caerá al infierno de la agonía y a la nada que es la muerte.

El Cónsul Firmin es, de muchas formas, hermano de Andreas Kartak⁵⁸, el *clochard* personaje de Joseph Roth, quien una noche bajo un puente del Sena se encuentra a un enigmático desconocido que le ofrece 200 francos. Su puntilloso sentido del honor, pese a ser un *clochard*, le impide en principio aceptar semejante donativo, hasta que la otra persona le pide que los reintegre a la pequeña santa Teresa de Lisieux. Firmin y Kartak, puntillosos en extremo de su sentido del honor, de la dignidad de un alcoholico que no piensa ni actúa bajo el

⁵⁷ Jan Kott, *op.cit.*, en especial léase "El eje vertical o las ambigüedades de Prometeo".

⁵⁸ Joseph Roth, *op.cit.*

manto de la lógica blanca a la que alude Jack London, morirán en plena borrachera. Firmin en forma violenta, Kartak en forma beatífica, pero la lección que sale de uno y otro es que no importa la forma en que rindas tributo a la tierra, lo importante es que seas tú y nadie más que tú quien tenga el honor de caer y saber cómo estás cayendo y por qué. Firmin lo supo y no estaba de acuerdo en su forma de caer, pero él así buscó su caída. Kartak merece la gracia del milagro y muere luego de conocer la clemencia del vino y de Dios. Con el orgullo de haber cumplido el encargo que le hizo el enigmático desconocido y haber salvado su honor y dignidad.

IV. GENIO

La palabra genio y la connotación que se hace de ella tiene su origen en los latinos. "En su sentido original el 'genio' era un misterio mucho más fácil de aceptar y utilizar que el misterio presente". Para Robert Graves hablar y escribir del "genio" es un tema sumamente apasionante y "embarazoso":

La palabra genio en su sentido moderno apareció por primera vez en la Inglaterra del siglo dieciocho. Pronto fue exportado a Alemania, donde le dieron un exagerado sentido romántico, y, de nuevo fue importada por los ingleses en el siglo diecinueve. *La palabra sugería un poder incomunicable de inventiva hallado entre unas pocas y muy insólitas personas que de algún modo no dependían de la educación académica para sus descubrimientos o actuaciones* (subrayado nuestro)... El genio en este sentido se contrasta hoy en día con el simple talento, que significa la exploración inteligente de los descubrimientos hechos por el genio... Otras palabras latinas de la misma formación son 'progenitor', 'generar', 'engendrar', y 'genitales'. Pero 'genio' tiene un sentido más espiritual que físico y denotaba el poder primitivo de la creatividad con el cual nace el hombre y que le acompaña durante toda su vida como su ser espiritual más alto, su protector, su oráculo... El genio era su primitiva dignidad viril, su sentido del amor y su poder de pensamiento instintivo cuya preservación era su constante obligación. Al ser considerado el genio como algo noble e inspirador, se derivó de esta palabra el adjetivo 'genial', que denotaba las incesantes y confortadoras radiaciones del genio del hombre sobre sus iguales y subordinados. Y otra formación fue 'genuino', que quería decir la autenticidad de este poder... sin embargo los griegos rechazaron este concepto al contraponer filosóficamente el genio bueno al genio malo, y fue esta noción griega importada, de demonios opuestos en la lucha por la posesión del alma humana, que debilitó la sencilla confianza de los romanos en aquel poder místico que se adueñaba de ellos en momentos de crisis... Lo que hoy en día llamamos 'genio' no puede

separarse totalmente de su sentido original romano, aunque la estructura de la sociedad moderna se haya vuelto en su contra... El concepto del genio bueno y del genio malo es esencialmente contradictorio. *El genio implica verdad y amor ejercido con naturalidad. El mal es una lógica con talento que reta al amor y a la verdad al constatar que, como todos los seres humanos son por naturaleza egoístas y falibles, cualquier búsqueda de la virtud debe ser una hipocresía* (subrayado nuestro) ...el genio en su asombroso sentido moderno parece, en efecto, que implica el sentido romano de la palabra: la confianza en un guardián espiritual que puede conocer de antemano y explicar lo que de otro modo sería imposible y que llega directamente a la respuesta sin tener que recurrir al argumento lógico, o a su equivalente en matemáticas o música... *Algunos de nosotros heredamos la sensibilidad primitiva ante las señales de peligro que escapan a nuestros sentidos educados, sensibilidad de la que a menudo son conscientes los gatos, perros y caballos; hay otras personas que de vez en cuando tienen una clara visión de acontecimientos futuros, de fantasmas, de historia antigua o de hechos que ocurren a distancia, sin duda inducidos por un mecanismo del pensamiento igualmente primitivo* (subrayado nuestro). Y sin embargo todos estos fenómenos psíquicos son desechados por los científicos porque quedan claramente fuera del experimento repetible⁵⁹.

En mucho el comportamiento del Cónsul está cubierto por un aura; el viejo dicho de que "borracho no come lumbre" bien se le podría endilgar a Firmin, o también decir que su ángel de la guarda lo protege ante las agresiones del mundo. El Cónsul tiene ese "algo", ese estado que agita el comportamiento lógico y sensato que pregona la sociedad, no es como los demás, ni los otros sobrios ni los borrachos, parece que vive en un estado de beatitud. Piénsese

⁵⁹ Roberto Graves, *op.cit.*

con esta lógica: ¿Qué hace un Cónsul Inglés en las más inmundas piqueras y cantinas de Cuernavaca? Su comportamiento debería de ser de otra manera: tomar whisky en su casa, frecuentar los lugares céntricos del lugar, tomar la copa con los otros funcionarios consulares y luego, cuando llega Yvonne dispuesta a todo, reconciliarse con ella y vivir felices durante el resto de sus vidas, rodeados de innumerables hijos.

Pero esa no es la lógica que rige la vida de Geoffrey Firmin. Desde su juventud se ha movido distinto: muere su madre, tiene una madrastra; pierde a su padre y se tiene que hacer cargo de su hermano menor, Hugh; pero no ha traicionado su genio, cree en su verdad, ejerce el amor con naturalidad. Ese mismo genio lo conduce por un camino y no por el otro. Sus lecturas esotéricas, cabalísticas, lo ayudan, lo auxilian para tener un credo de supervivencia, una especie de premonición para lo que se aproxima: "Los dioses existen, son el demonio", le informa Baudelaire (pág. 230); "No se puede vivir sin amar" le dice fray Luis de León en la inscripción que tiene Laruelle en su casa.

El Cónsul con su amor y desamor, con su sed de amar y ser amado a pesar de su propia incapacidad para aceptar ese estado de cosas, se sabe protegido en esa gran comedia y tragedia que es la vida:

El Cónsul estalló en carcajadas desprovistas de humor como si aquella parte de su alma consciente de que todo esto era en esencia una parodia de un gran hombre, antaño amigo suyo, supiese asimismo cuán vacua era la satisfacción que le producía toda esta comedia... -y volvió a golpearse el pecho-. Sí; justamente la última frontera de lo consciente, eso es todo. El genio, según me gusta repetirlo -añadió mientras se levantaba, arreglaba su corbata y, sin pensar más en ella, alzaba los hombros como para marcharse con una determinación (tomada esta vez de la misma fuente de donde provenían el genio y su interés por los gatos) que le abandonó con la

misma celeridad con que la había asumido-... el genio se las arreglará solo (págs. 151 y 152).

No esta de más citar a Schiller:

Todo genio verdadero debe ser ingenuo. Solamente su ingenuidad lo convierte en genio, y lo que es intelectual y estéticamente no puede negársele moralmente. Ignorante de reglas y guiado sólo por la naturaleza de su instinto, su ángel custodio va tranquilo y seguro... El genio no procede de acuerdo con los principios reconocidos, sino por ocurrencias y sentimientos; pero sus ocurrencias son inspiraciones de Dios y sus sentimientos son leyes para las razas humanas. El genio muestra también su vida privada, y en sus costumbres está presente el carácter infantil que deja impreso en sus obras⁶⁰.

Vicente Quirarte en su libro *Enseres para sobrevivir en la ciudad*, escribe sobre cómo el genio de la pluma Honoré de Balzac "esculpe" en el papel al genio de la escultura Auguste Rodin, como una forma de vencer a la muerte: "El genio es una enfermedad horrible. Todo escritor lleva en su corazón un monstruo que, semejante a la tenia en el estómago, devora los sentimientos a la medida que sale del capullo. ¿Qué triunfará? ¿La enfermedad sobre el hombre o el hombre sobre la enfermedad? Cierto, es preciso ser un gran hombre para hallar el equilibrio entre genio y personalidad. El talento crece. El corazón se seca. A menos que seamos un coloso, a menos que tengamos las espaldas de Hércules, nos quedamos sin corazón o sin talento"⁶¹.

⁶⁰ En *Encuentros y desencuentros. Ensayos literarios* de Roberto Blanco Amor. Losada, Buenos Aires, 1969. En especial "Lope de Vega, Hombre existencial" (pág. 38 y 39).

⁶¹ Vicente Quirarte, *Enseres para sobrevivir en la ciudad*. Ed. Coordinación de Descentralización-Instituto Aguascalentense de Cultura, CNCA, México, 1994. En "Balzac, escultor de Rodin" págs. 130-133

V. CONCLUSION

Así como Firmin no se adapta ni ajusta a la lógica común y podíamos ver en sus actos algo infantil, incluso el hecho de casi escoger su muerte en el alucine del mezcal -Dionisio exigiendo su víctima propiciatoria-, así también Malcolm Lowry no se ajusta a los convencionalismos, trastoca la lógica blanca, a la que alude London, de los borrachos comunes y corrientes, sujetos cautivados por la parte más amarga y triste de John Barleycorn, para escoger como su personaje en *Bajo el volcán*, su cielo y su infierno, para evitar la muerte uniforme, para, de muchas maneras, no ser igual a la multitud, guardar la individualidad creativa que significa conservar "el genio".

Alcohol, amor, honor y genio son los elementos de un coctel que puede producir obras maestras, son los lazos comunes que tiene como destino el artista y éste como irremediable fin, cultivar su arte. Si el genio tiene un halo, si es una especie de hado bueno que nos hace vernos en el espejo de su literatura, hay en ese estado de beatitud que también tienen ciertos borrachos cubiertos por el ala del ángel más sagrado, la inspiración que les impide hacer esos a media calle, que no los deja caer en el arroyo, y que, pese al estado etílico, les permite escribir, crear, vivir en armonía con todos los otros ebrios, con el amor y con la naturaleza.

El honor y la dignidad conforman una ética que hace al escritor decir su verdad, por desgarradora o grotesca que ésta sea. Y la verdad de Lowry es *Bajo el volcán*, la Divina Comedia Ebria de nuestro tiempo, con la cual compartimos sus miserias, horrores, obsesiones, temores, alegrías y, finalmente, sus alturas y caídas.

Cuando el redactor anónimo de la contraportada de *Bajo el volcán* señala que esta novela es una "tragedia contemporánea... que recupera las dos fuentes: el mito y la poesía", no está diciendo otra cosa sino que es una novela no sujeta a la lógica, por lo de la poesía, y al igual que el pueblo griego muchos siglos antes

que Lowry, amante de la luz y la vida, hizo de la tragedia "... la expresión de la opinión, la censura o la alabanza pública, el comentario de los hechos y la memoria viviente social y tradicional, de progreso y de amor al pasado, y el relicario mismo de mitos vetustos y de tradiciones que iban muriendo... Es una de las riquezas de la tragedia: temas antiguos son propuestos bajo una nueva luz. Es característico de todo lo genial que habrá de reproducirse en otras edades y en otros horizontes"⁶².

Malcolm Lowry vino a nuestro país a vivir y a beber hasta sus últimas consecuencias; no era un turista barato que se conformaba con ver y oír los *mexican curios*, el folklor y las trivialidades del ocio. Su mente no dejó nunca de palpar y registrar lo mágico y terrible que se esconde y sale del alma del mexicano, ese gusto por lo tortuoso y sangriento que anima y nutre al espíritu nacional, tanto como lo otro que sería el jolgorio lúdico y la melancolía. Antagonismos metafísicos que son nuestro modo de ser, sentir y hacer. Y en los que Malcolm Lowry penetró, hasta lo más profundo, para comprender lo que era "lo mexicano"; porque supo aquilatar ese sentir sencillo y modesto de la gente del pueblo, que da lo mejor de sí para los demás y que permite, dentro del contexto de las relaciones entre los hombres, creer y pensar en un futuro mejor para ellos y la humanidad en su conjunto. No podemos pensar en que fue gratuito el que Malcolm Lowry tome una celebración ancestral y genuina de México, el Día de Muertos, para iniciar y terminar su novela; tampoco es fruto del azar que su obra coincida con *Las Bacantes* de Eurípides; en todo caso siguió los dictados de su "genio" y descubrió un tema que ya había sido tratado aunque de otras maneras, en otras edades y horizontes. Finalmente Lowry se aventuró por este sendero y, de muchas maneras creemos, que tanto él como su personaje principal, fueron huéspedes sufrientes e ilustres de Dionisio en la única tierra del amor.

Dios Padre, Hgo., octubre de 1994.

⁶² Angel Ma. Garibay en *Esquilo. Las siete tragedias*. Porrúa, México, Col. "Sepan cuantos..." No. 11, 1970.

V. BIBLIOGRAFIA

V.1 GENERAL

- V. 1. 1. Andrés Amorós, *El comentario de textos*. Ed. Taurus, Madrid, 1974.
- V. 1. 2. Enrique Anderson Imbert, *Métodos de crítica literaria*. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1969.
- V. 1. 3. Guillermina Baena Paz, *Manual para elaborar trabajos de investigación documental*. Ed. FCPyS, UNAM, México, 1976. Editores Mexicanos Unidos, México, 1984.
- V. 1. 4. Charles Baudelaire, "Sobre la crítica", en *Lecturas universitarias* No. 5, UNAM, México, 1971.
- V. 1. 5. Fraser F. Bond, *Introducción al periodismo*. Ed. Limusa-Wiley, México, 1969.
- V. 1. 6. Malcolm Bradbury y David Palmer, *Crítica contemporánea*. Ed. Cátedra, Madrid, 1974.
- V. 1. 7. Guillermo Díaz-Plaja, *El oficio de escribir* Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- V. 1. 8. Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis*. Ed. Gedisa, México, 1982.
- V. 1. 9. T. S. Eliot, *Criticar al crítico y otros escritos*. Alianza Editorial, Madrid, 1967.
- V. 1. 10. Robert Escarpit, *La revolución del libro*. Alianza Editorial-UNESCO, Madrid, 1968.

- V. 1. 11. Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*. Monte Avila, Caracas, 1974.
- V. 1. 12. Carlos González Peña, *Historia de la Literatura Mexicana*. Ed. Porrúa, México, 1981.
- V. 1. 13. Susana González Reina, *Manual de redacción e investigación documental*. Apuntes, FCPyS. pp. 173-209.
- V. 1. 14. Stanley Johnson y Julian Harris, *El reportero profesional*. Ed. Trillas, México, 1973. Segunda reimpresión.
- V. 1. 15. Angélica F. López Matías y Guadalupe Polo Herrera, *La reseña literaria: un trabajo periodístico*. Tesis, ENEP-Aragón, México, 1986.
- V. 1. 16. H. Maddox, *Cómo estudiar*. Ed. Alkos-tan, B.S., Argentina, 1973.
- V. 1. 17. Siegfred Mandel, compilador, *Periodismo moderno*. Committee on modern Journalism, Ed. Letras, México, 1967.
- V. 1. 18. Felipe Pardiñas, *Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales*. Ed. Siglo XXI, pp. 132-142.
- V. 1. 19. Adolfo Sánchez Vázquez, *Las ideas estéticas de Marx*. Ed. Era, México, 1963.
- V. 1. 20. Wilbur Scott, *Principios de crítica literaria*. Ed. Lala, Barcelona, 1974.
- V. 1. 21. Wayne Shumaker, *Elementos de teoría crítica*. Ed. Cátedra, Madrid, 1974.

- V. 1. 22. Guillermo de Torre, *Nuevas direcciones de la crítica literaria*. Alianza Editorial, Madrid, 1970.
- V. 1. 23. Ignacio Trejo Fuentes, *Faros y sirenas. Ensayos sobre crítica literaria mexicana*. Ed. Plaza & Valdés, México, 1988.
- V. 1. 24. Hernán Uribe, *Ética periodística en América Latina. Deontología y estatuto profesional*. Ed. UNAM, México, 1984.

V. 2. BIBLIOGRAFIA DE MALCOLM LOWRY

- V. 2. 1 Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*. (1947) Ed. Era, México, 1964. Traducción de Raúl Ortiz y Ortiz. Todas las citas usadas en este ensayo son de esa edición. 404 pp.
- V. 2. 2 *Ultramarina* (1933). Ed. Bruguera, Barcelona, 1982. Traducción de Jaime Zulaika. Nota preliminar de Margerie Lowry. 252 pp.
- V. 2. 3 *Escúchanos, oh señor, desde el cielo tu morada* (1961). Ed. Bruguera, Barcelona, 1983.
- V. 2. 3 *Lunar caustic* (1963). Ed. Universidad Autónoma de Puebla, México, 1987. Prólogo de Carlos Martínez Moreno. Traducción de R:E: Lorente, revisión de Hugo García Robles. 106 pp.
- V. 2. 4 *Selected poems* (1962). Ed. Alberto Corazón, Madrid, 1979. Col. "Visor de Poesía", Traducción e introducción de M. Antolín Rato. Hay también "Aproximaciones" de José Emilio Pacheco.
- V. 2. 5 *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo* (1968). Ed. Bruguera, Barcelona, 1981. Traducción de Carlos Manzano. 288 pp.
- V. 2. 6 *October ferry to Gabriola* (1970). Ed. Península, Barcelona, 1987. Postfacio y traducción de Antonio Prometeo Moya. Introducción de Margerie Lowry. 363 pp.
- V. 2. 7 *Por el Canal de Panamá*. Ed. Era, México, 1969. Traducción de Salvador Elizondo. Incluida en *Hear us O Lord from heaven thy dwelling place* (1961). 130 pp.

V. 3 BIBLIOGRAFIA SOBRE
 M A L C O L M L O W R Y

- V. 3. 1 Douglas Day, *Malcolm Lowry. Una biografía*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1983. Traducción de Héctor Aguilar Camín, Manuel Fernández P. y Juan Antonio Santiesteban. 528 pp.
- V. 3. 2 Miguel Espejo, *Malcolm Lowry: el jadeo del infierno*. Universidad Veracruzana, México, 1983.
- V. 3. 3 Varios autores, *El volcán, el mezcal, los comisarios...* Ed. Tusquets, Barcelona, 1971. Incluye cartas a Jonathan Cape y Ronald Paulton. Prólogo de Jorge Semprún. Traducción de Sergio Pitol. 102 pp.
- V. 3. 4 José Francisco Conde Ortega, Oscar Mata y otros, *Homenaje a Malcolm Lowry en sus ochenta años*. Ed. UAM-Azcapotzalco-Gernika, México, 1989. 84 pp.
- V. 3. 5 Oscar Mata, *San Malcolm en las cantinas*. Ed. UAM, Difusión Cultural, México, 1987. Premio Internacional de Ensayo Literario Malcolm Lowry 1987. 68 pp.
3. 6 —, *San Malcolm en las cantinas y otros ensayos lowryanos*. Ed. UNAM, México, 1994. Textos de Humanidades.
- V. 3. 7 Varios autores, *Quimera* No. 53, "Especial de Malcolm Lowry". Barcelona, Verano de 1986.
- V. 3. 8 Héctor Manjarrez, *El camino de los sentimientos*. Ed. Era, México, 1990. Ensayos, sobre todo "Casi veinte años y una noche con don Malcolm Lowry", págs. 203-216.
- V. 3. 9 Juan García Ponce, *Apariciones. (Antología de ensayos)*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1987. Págs. 113 y siguientes.

**ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

MALCOLM LOWRY

- 59 -

Trejo Villafuerte

- V. 3. 10 Alfredo Juan Alvarez, *Las literaturas totales*. Ed. Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, 1978. En especial "Malcolm Lowry y sus implicaciones", págs. 91 y siguientes.
- V. 3. 11 Gerardo de la Torre, *La lluvia en Corinto*. Ed. Corunda, México, 1993. En particular el cuento "Farolito" donde los personajes se dedican a buscar el mítico "Parián" de Malcolm Lowry, mientras beben mezcal y hacen una ceremonia totalmente lowryana: ponerse ebrios.

V. 4 BIBLIOGRAFIA

- V. 4. 1 Henry Miller, *Tiempo de asesinos*. Alianza Editorial, Madrid, 1983. Léase el "prefacio". pp. 10-11.
- V. 4. 2 Wright Mills, *La imaginación sociológica*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1975. Tercera reimpresión.
- V. 4. 3 José Emilio Pacheco, *Tarde o temprano*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1980. Ver las "Aproximaciones" de los poemas de Malcolm Lowry.
- V. 4. 4 Patricia Morales, *unomásuno*, pág. 21. "Biografía y novela. La búsqueda del Yo". 26/ IX/ 88.
- V. 4. 5 Joseph Conrad, *Notas de vida y letras*. Ed. B, Madrid, 1987. 330 pp.
- V. 4. 6 Julieta Campos y otros, *Literatura y Psique*. Ed. UAM-Difusión Cultural, México, 1990. 244 pp. En particular "Freud: el emancipador del deseo"
- V. 4. 7 Tomás Segovia, *Ensayos I. (Actitudes/ Contracorrientes)*. Ed. UAM-Difusión Cultural, México, 1988. 498 pp. En especial "El infierno de la Literatura", pág. 195.
- V. 4. 8 Héctor Pérez Rincón, *Literatura y Psique. Op. cit.* "La muerte de un poeta".
- V. 4. 9 Jan Kott, *El manjar de los dioses*. Ed. Era, México, 1977. Traducción de Juan Tovar. Léase en especial "El manjar de los dioses o Las Bacantes", págs. 180 y siguientes.

- V. 4. 10 Robert Graves, *Los dos nacimientos de Dionisio*. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1980. Traducción de Lucía Graves y Maya Flakoll. Léase el artículo que le da nombre al libro (pág. 129).
- V. 4. 11 Eurípides, *Las diecinueve tragedias*. Ed. Porrúa, México, 1972. Traducción de Angel María Garibay. Véase en especial "Las Baquides" o "Las Bacantes", según otros traductores. Col. "Sepan cuantos..." No. 24.
- V. 4. 12 Kostas Axelos, *La errancia erótica*. Ed. UAM-Difusión Cultural, México, 1992.
- V. 4. 13 Igor Caruso, *La separación de los amantes*. Ed. Siglo XXI, México, 1970. 308 pp. Segunda edición.
- V. 4. 14 Roberto García Jaime, *unomásuno*. "El alcoholismo", pág. 30. Martes 5 de junio de 1990.
- V. 4. 15 Jack London, *Las memorias alcohólicas*. Ed. Legasa, Madrid, 1981. Traducción de José L. Moreno Ruiz.
- V. 4. 16 Joseph Roth, *La leyenda del Santo bebedor*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1981. 92 pp. Léase el "prólogo" de Carlos Barral.
- V. 4. 17 Roberto Blanco Amor, *Encuentros y desencuentros. Ensayos literarios*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1969. En especial "Lope de Vega. Hombre existencial"(págs. 38 y 39).
- V. 4. 18 Vicente Quirarte, *Enseres para sobrevivir en la ciudad*. Ed. Coordinación de Descentralización-Instituto Aguascalentense de Cultura, CNCA, México, 1994. 162 pp. En especial "Balzac, escultor de Rodin" (págs. 130-133).

INDICE

Dedicatorias

Presentación

I.	Malcolm Lowry en <i>Bajo el volcán</i> : simbiosis de escritor y obra.....	1
I. 1	Los enemigos a vencer	9
I. 2	Personajes, personas, sitios.....	15
II.	ALCOHOL.....	18
III.	HONOR.....	43
IV	GENIO.....	48
V.	CONCLUSIONES	52
V.	BIBLIOGRAFIA	
V.1.	GENERAL.....	54
V. 2.	BIBLIOGRAFIA DE MALCOLM LOWRY.	57
V. 3.	BIBLIOGRAFIA SOBRE MALCOLM LOWRY	58
V. 4.	BIBLIOGRAFIA.	60